



# La construcción de la noche

Ensayos arquitectónicos sobre la vida

René Navarrete Padilla



COMUNIDAD UG



*La construcción de la noche.*  
*Ensayos arquitectónicos sobre la vida*



COMUNIDAD UG

*La construcción de la noche.*  
*Ensayos arquitectónicos sobre la vida*

Primera edición digital, 2026

D. R. © Universidad de Guanajuato  
Lascuráin de Retana núm. 5, Centro  
Guanajuato, Gto., México  
C. P. 36000

Producción:  
Programa Editorial Universitario  
Mesón de San Antonio  
Alonso núm. 12, Centro  
C. P. 36000  
editorial@ugto.mx

Formación: Ángel Hernández Carrillo  
Diseño de portada: Ximena Contreras Sánchez  
Corrección: Jonathan Ebed Mirus Ruiz

Se permite descargar la obra y compartirla siempre y cuando se dé crédito de manera adecuada. No se permite remezclar, transformar o crear a partir del material, ni usarlo para fines comerciales.



ISBN: 978-607-580-245-9

Hecho en México  
*Made in Mexico*

# La construcción de la noche

Ensayos arquitectónicos  
sobre la vida



**René Navarrete Padilla**

UNIVERSIDAD DE  
GUANAJUATO



Ediciones  
Universitarias



## Índice

Prólogo.....	9
Prefacio: sobre la arquitectura y la vida.....	13
Inicio: la casa patio.....	17
El Zaguán: el umbral del mundo.....	21
Nacer: la composición, donde todo comienza.....	27
Respirar: habitar el aire.....	31
Alimentarse: la cocina, lugar del fuego y la palabra.....	35
Estudiar: alojarse en la sombra que ilumina.....	39
Trabajar: construir con lo que uno es.....	45
Descansar: el patio, núcleo del cielo y del tiempo.....	51
Religión: lo sagrado sin templo.....	55
Política: el lugar como forma de poder.....	59
Envejecer: el espesor del tiempo en los muros.....	63
Morir: la última habitación sin muros.....	67
El traspatio: la tierra que nos despide con las manos sucias.....	71
Final: homeostasis o el arte de mantenerse casa.....	75



## Prólogo

“Estudiar arquitectura no te hace arquitecto”, me dijo un día René mientras caminábamos rumbo a algún lugar a la hora de la comida. Lo dijo con tranquilidad, como quien expulsa el aliento para hacer una respiración más honda, como una afirmación casual, muy a tono con los días soleados.

Desde que nos conocemos, en nuestras conversaciones aparecen cosas que nos llenan de dudas y palabras: una idea, una decisión, un vacío. Cuestionar se nos volvió una manera de mirar el mundo, y también de habitarlo. Ambos coincidimos en que esta afirmación aplicaba a casi todas las profesiones, no así a los oficios. En ellos la historia es otra, para ejercerlos hay que saber hacer desde el principio: hay que tocar, repetir y entender con las manos. En las profesiones, en cambio, el hacer suele venir después: se cursa cierta cantidad de años, se entregan los trabajos, se responden observaciones, se obtiene un título... y después, con suerte, se empieza a hacer. En el oficio, hay contacto directo con la materia desde el inicio, se observa a quien sabe, se intenta, se falla, se vuelve a intentar. Hay algo de aprendizaje lento y corporal, que no se reemplaza con libros ni con clases. Esa relación constante con lo que se está haciendo —con lo que se cons-

truye, repara o transforma— genera una cercanía difícil de nombrar: una forma de pertenecer, algo parecido a un vínculo de sangre.

Por eso pareciera que la arquitectura es más cercana al oficio que a la profesión y, sin embargo, su permanencia en el mundo exige reflexiones y saberes más complejos. En disciplinas tan cercanas a la vida, tan dispuestas en torno a ella, cabría hacerse más preguntas, cabría preguntarse, por ejemplo, por qué algunas cosas merecen ser hechas, como se dice en este libro.

Y aunque parezca que estudiar algo implica pensar en los orígenes y posibilidades de ese algo, al menos en nuestra disciplina y como profesores de arquitectura, podemos afirmar que no siempre es así.

Curiosamente, las conversaciones sobre la arquitectura y su relación con el mundo y la vida no son tan frecuentes en las aulas como se supondría. A menudo se aborda desde marcos teóricos más o menos establecidos, como si se tratara de una disciplina con reglas fijas, o desde una lógica técnica que parece cerrada en sí misma. Lo cierto es que pensar la arquitectura implica mirar más allá de estilos o normas: es observar precisamente cómo se cruza con la vida cotidiana, porque, como bien se hace mención en este libro, “a veces una ventana abierta dice más sobre la vida que muchos tratados filosóficos”.

En *La construcción de la noche. Ensayos arquitectónicos sobre la vida*, la reflexión parte de la casa de la infancia, particularmente en la casa patio mexicana del siglo XX, “la [casa] que respira contigo”, y en cómo los espacios que la conforman dialogan con las distintas etapas de la vida, mostrando que la arquitectura no es sólo lo que hacemos al construirla, sino que la casa es también todo aquello que se nos permite hacer o dejar de hacer en nuestros lugares habituales: es el entorno donde nacemos, crecemos, envejecemos y morimos, algunas veces literal y, todavía más veces, metafóricamente.

Entre tantos espacios posibles, la casa es nuestra referencia constante, la que acompaña nuestras transformaciones, es ese lugar al que siempre volvemos, aunque sea con la memoria.

Vida y arquitectura se entremezclan sin que nos demos cuenta. Con esa afirmación tan simple y clara, se nos recuerda que no se trata sólo de

estructuras o espacios, sino de aquello que habitamos y que, al mismo tiempo, nos moldea.

El zaguán, el patio, la cocina, la habitación... también son memoria, anhelo, compañía o apego. Son los lugares donde se acumulan los días, donde las cosas pasan rutinariamente, a veces sin que nos demos cuenta. Esos son los lugares donde mayormente transcurre la vida, aunque la vida esté en muchas partes.

Estudiar arquitectura no alcanza entonces para ser arquitecto. Habitar de verdad —con todo lo que eso implica— tal vez sí. Pensarla, observarla, ponerle el cuerpo y también la duda, hacerla con la cabeza y con las manos: entender que no se trata sólo de hacer, sino de darle sentido a lo que se hace. Y eso, puedo decir con certeza, no viene de una norma o del conocimiento estricto de algo.

Por eso es valioso que este libro hable *con* la arquitectura, y no de ella: como amigos entrañables que al reencontrarse no pueden callar lo que han vivido.

Este libro es un relato desde el ánimo de quien ha habitado lo que escribe, nos hace pensar en la arquitectura con calma, desde lo cotidiano y cercano, sin grandes fórmulas, y eso ya es una invitación oportuna, la de leernos en los espacios de nuestra infancia para poder llenarnos de arquitectura.

Rocío Berenice Orozco Hernández



## **Prefacio: sobre la arquitectura y la vida**

Este libro es una deriva entre la arquitectura y la vida. Sin encerrar definiciones, muestra introspecciones sobre el pensar el espacio como metáfora del existir y la existencia como una forma de habitar. Lo que aquí se ofrece es una suerte de cuaderno de apuntes, una recopilación de reflexiones personales, escritas con la inquietud de la experiencia y el asombro, a menudo a deshoras, cuando la luz menguante del día parece invitar a mirar el mundo con otra claridad, una más íntima, menos técnica.

Estos textos surgieron al calor de las horas lentas, entre el lápiz y la lectura, naciendo desde la enseñanza de la arquitectura para explorar lo que ella despierta cuando uno decide vivirla y estudiarla al mismo tiempo. Estudiar arquitectura no es una actividad que se limite al aula, al taller o a los libros, se vuelve una manera de estar en el mundo, de percibir los espacios y los ritmos de la ciudad, como también se perciben las sombras sobre un muro y el silencio contenido en un vacío. Vivir la arquitectura así, como una piel permeable que nos atraviesa y transforma, es también encontrarse con las preguntas fundamentales del habitar, que son, al cabo, las mismas preguntas esenciales de la vida.

En estas páginas me propongo compartir algunos de esos instantes de cruce donde la arquitectura toca lo cotidiano, lo humano y lo emocional, alejándome de ensayos académicos o tesis sostenidas con rigor bibliográfico, pues se trata de parangones y ecos que aceptan tanto la deriva como la subjetividad. Escribirlos fue un modo de entender(me), de mirar hacia adentro con la excusa de mirar hacia afuera, ya que existe algo personal en la forma en que cada uno se relaciona con los espacios, con esas arquitecturas que nos alojan o nos expulsan, con lugares que nos explican o nos confrontan. A veces basta un banco en un parque al atardecer para que se active en nosotros una memoria, una emoción o una idea, y a veces una ventana abierta dice más sobre la vida que muchos tratados filosóficos.

La noche, en el título, no es un mero recurso poético, sino un espacio de indeterminación, al mismo tiempo que de apertura y recogimiento. Es el momento cuando cae el día suspendiéndose las certezas y lo que parecía sólido se vuelve sombra, provocando que el pensamiento se haga más lento y errático, pero también más honesto. En esos momentos, la arquitectura deja de ser sólo materia y se convierte en compañía sin exigir comprensión: basta con estar ahí, respirarla, dejarse tocar por su presencia.

No obstante, hablar de arquitectura y vida al mismo tiempo no es fácil, no porque sean cosas distintas sino precisamente porque ambas están hechas de dudas y de contradicciones, de tiempos distintos que se entrelazan sin cesar. Lo que aquí intento es apenas una radiografía mínima de esa intersección, trazada desde mi lugar, desde mi experiencia como arquitecto y docente, pero también como alguien que ha intentado ver en los muros, en los techos, en los vacíos, algo más que función o forma, una posibilidad de sentido.

En este libro se comparte una mirada y una reflexión, no mucho más que eso. Tal vez lo que ofrezco sea apenas un grupo de preguntas aisladas en imágenes o en recuerdos, pero si alguna de ellas logra hacerles sentido, si alguna palabra aquí escrita activa una memoria o un recuerdo, entonces habrá merecido la pena. Este antecedente sobre la arquitectura y la vida es, entonces, una invitación a leer sin apuro y a habitar estas páginas como se habita una casa ajena: con respeto, pero también con curiosidad, a dete-

nerse en las ventanas tanto como en los cimientos, a dejar que la arquitectura y la vida se entremezclen como lo hacen siempre: sin que nos demos cuenta, y a comprender que, a veces, basta un anochecer y una pregunta mal resuelta para que algo en nosotros cambie.

En algún lugar entre la reflexión y el insomnio,  
RNP





## Inicio: la casa patio

**T**oda vida es arquitectura y toda arquitectura es, a su modo, vida. No lo digo como una declaración filosófica o una consigna romántica, sino como una observación íntima nacida de convivir con dos procesos: el de vivir y el de diseñar, además de encontrar en medio de sus ritmos y accidentes, ciertas correspondencias inevitables. Así, este escrito parte de intuir que hay vínculos secretos y paralelismos evocadores entre los ciclos vitales y los espacios que habitamos, particularmente aquellos de una tipología que me es entrañable por biografía, por historia, por cultura y por vivencia: la casa patio mexicana del siglo XX.

Esta tipología ya ha sido analizada por pensadores de la arquitectura desde una postura teórica ofreciendo un análisis estilístico e histórico. Lo que aquí se hace es usarla como un espejo, como un dispositivo pragmático desde dónde observar y narrar distintas etapas de la vida. He elegido, de manera totalmente arbitraria, ciertas estaciones de ese trayecto personalísimo que es crecer, transformarse, envejecer... es decir: vivir y morir. Esto

lo expongo en conjunto con la arquitectura de la casa patio, sin intención clasificatoria, como quien busca relaciones afectivas con reflejos de fondo y afinidades emocionales.

La casa patio mexicana, particularmente la de la segunda mitad del siglo XX, tiene una composición profundamente simbólica, pues su espacialidad gira en torno a un vacío: el patio. Un vacío que no es ausencia sino centro. Alrededor de él se distribuyen las demás estancias: dormitorios, sala, comedor, cocina, baños, corredores... cada espacio tiene una función, pero también un peso simbólico, lo que le permite transformarse en memoria y recuerdos. En esta casa, como en muchas otras, la arquitectura no está hecha sólo de materia y función, sino de afecto y rituales. Decidí estructurar este libro como una suerte de recorrido emocional por la arquitectura y por la vida, donde cada etapa (infancia, juventud, madurez, pérdida, muerte y otras) se puede vincular con uno o más espacios de esta casa arquetípica, con la invitación a que cada lector haga su propio ejercicio de analogía y su propia deriva afectiva entre los años vividos y los cuartos transitados. Nada aquí es rígido, casi todo está abierto a la interpretación, excepto por dos espacios que, para mí y nada más para mí, no admiten más de una comparación: la cocina con el alimentarse y el patio con el descansar, ambas acciones desde el punto de vista físico y espiritual.

¿Por qué estos dos? Porque ambos espacios representan, en mi experiencia, dos puntos fundamentales de la existencia: alimentar y reunir, el calor y la apertura, el adentro que cobija y el afuera que convoca. La cocina es, sin lugar a duda, el lugar del afecto más definido, no sólo es el espacio donde se prepara la comida, ahí también se comparte, se conversa y el tiempo se huele. Las cocinas mexicanas, y esto lo sabe cualquiera que haya cruzado el umbral de una vivienda tradicional, son el verdadero núcleo de la vida familiar, pues es donde se cuecen los alimentos y también las historias. Es el lugar donde también hay fuego y aroma. La cocina representa el primer amor, el sustento y el cuidado, sin pedir ni dar explicación, sólo dar y aceptar sin cuestionar, ya que es así y así es. Lo que en la cocina sucede es aquello que nos forma sin que lo notemos, que nos mantiene vivos sin darnos cuenta. Para mí, la cocina no puede ser otra cosa que eso: el principio cálido del mundo.

A diferencia de otros espacios, el patio representa un centro distinto, es una apertura hacia el cielo, un vacío que conecta con lo alto y con lo incierto. En él, los bordes de la casa se diluyen y se accede al diálogo con la intemperie. Es un lugar que no pertenece del todo al interior ni al exterior, es un umbral: un sitio para mirar hacia adentro desde fuera y hacia fuera desde dentro. En ese sitio se cultiva la contemplación, el descanso y el silencio, es donde la pausa se vuelve noche. Si la cocina nos modela en lo cotidiano, el patio nos recoge y nos acoge, ya que, al caer la tarde, es donde uno se sienta a observar pasar el tiempo.

El resto de los espacios como el dormitorio, el baño, el zaguán, el corredor o la azotea se prestan a interpretaciones múltiples, siempre cambiantes. ¿Será la infancia ese cuarto en penumbra, lleno de ecos y juguetes rotos, o más bien el corredor que enlaza lo conocido con lo incierto? ¿Es la juventud una azotea sin barandales, abierta al vértigo del cielo, o el zaguán que se cruza con una mezcla de osadía y temor? ¿Dónde ubicar la madurez, en el comedor donde la rutina toma forma?, ¿o en el baño donde el cuerpo se reconoce y se acepta? ¿Y la vejez? Tal vez sea ese cuarto en silencio que da al patio, desde donde se oye a lo lejos la vida de los otros.

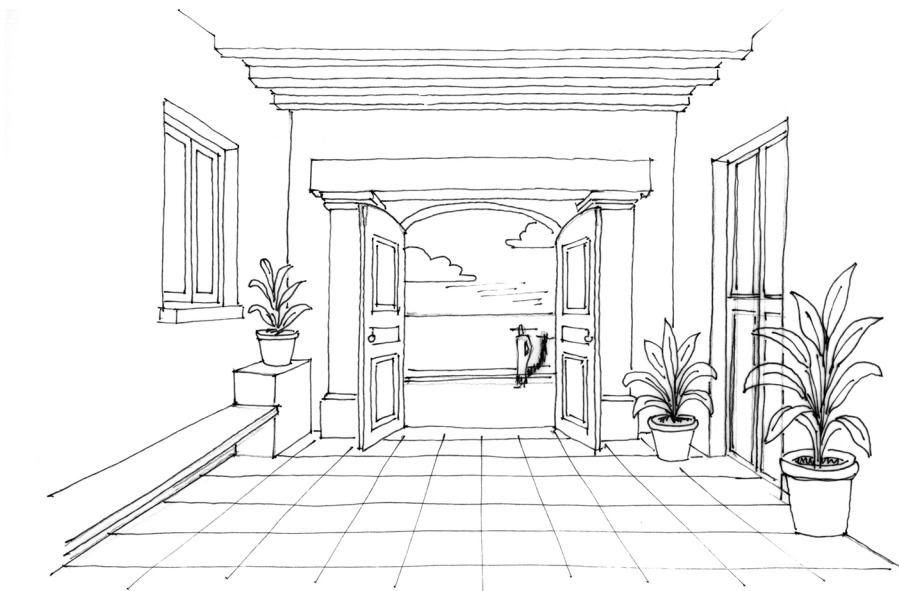
No hay respuestas cerradas, pues al igual que en la arquitectura no hay una única respuesta correcta y la escritura permite ese juego, ese paseo a la deriva como en la casa patio donde podemos pasar de un espacio interconectado a otro y recorrer casi todos los espacios directamente sin vestíbulo alguno que los organice (o no). Por ello esta deriva es en alerta, sin perder de vista lo que dejamos atrás o lo que de rabillo podemos reconocer. Lo importante es que, al asociar etapas de vida con espacios vividos, la arquitectura deja de ser un objeto y se convierte en un relato. Los espacios no son neutros, están cargados de historia y de emociones.

La arquitectura, cuando se vive con atención, se convierte en lenguaje, y como todo lenguaje, permite decir lo que a veces no se puede expresar de otro modo. Es por esto por lo que los invito a entrar a esta casa o a la casa que a cada quién le sea significativa como se entra a un sueño: caminando por sus habitaciones sabiendo que cada una guarda algo que quizá resuene en la memoria de la razón o mejor aún, en los recuerdos del corazón. Permitan que un olor, una luz, una textura evoquen algún momento

de su propia vida. Sin buscar sentido en cada palabra, ya que cada una podrá acompañar el pensamiento en su deriva. Escribir sobre arquitectura, desde esta orilla, mi orilla, es preguntarse qué hizo que esa casa u otro edificio cualquiera sea significativo en nuestra vida, qué quedó de ella en nuestros gestos y en nuestras maneras de recordar.

También se trata de reconocer que hay arquitecturas que nos habitaron más de lo que nosotros las habitamos. Que hay espacios que nos marcaron incluso cuando no sabíamos su nombre y que hay casas que llevamos dentro mucho después de haberlas dejado atrás. Esta introducción la propongo como una puerta de entrada al texto: una ventana desde podemos vislumbrar lo flexible (o anárquica) que puede ser la lectura, por lo que al final de cada capítulo de la lectura siempre podrán ir al patio, lugar de solaz y descanso.

Todo lo hasta aquí dicho no es una teoría, sino una intimidad y cada capítulo que sigue es un intento por nombrar lo que se vivió, lo que se pensó, lo que se sintió en esos cruces entre la vida y el espacio, y si bien, estos ensayos son personales, el deseo que los mueve es compartirlos como quien ofrece un asiento en el patio al caer la tarde, con una bebida en la mano y una historia en los labios.



## El Zaguán: umbral del mundo

**N**ombramos zaguán a muchas cosas y, sin embargo, siempre se trata de lo mismo: un paso suspendido, un espacio intermedio donde nada permanece del todo, pero todo está por comenzar. No es sala, no es calle, no es todavía casa, pero tampoco mundo exterior, es el primer aliento y la última frontera.

En mi infancia, el zaguán era un corredor fresco, silencioso, con aroma a maceta y tierra húmeda, a aceite viejo para madera. Por ahí entraba el sol sólo un par de horas al día, y siempre en ángulo oblicuo, como si le costara trabajo atravesar el umbral. Ese espacio no decía su nombre, pero todos sabíamos lo que significaba: el lugar donde se esperaba, donde uno se despedía, donde el perro dormía con un oído atento y los visitantes tanteaban la voz antes de decir “¿hay alguien?”. En ese lugar se recibían los ecos del mundo y se despedían las voces que se querían quedar. En España, sobre todo en el sur, el zaguán es parte importante de la vivienda tradicional.

En él se encuentran azulejos de vivos colores, faroles de hierro y flores en macetas esmaltadas. Es el primer gesto de la hospitalidad, pues no es un simple corredor, ya que es el espacio que resguarda lo íntimo sin rechazar lo ajeno. En ciudades como Córdoba o Sevilla, es un espacio ritual ya que conecta la puerta con el patio, y en ese tránsito hay un cambio de clima, de luz y de disposición, es arquitectura que enseña a llegar.

El término se amplía en México ya que, en la arquitectura colonial, el zaguán podría ser el vestíbulo de entrada o la gran puerta de madera que se abre para dar paso a los caballos y después a los coches, según su tamaño. En muchas casas aún hoy se dice “abre el zaguán”, para referirse al portón de madera o de fierro que da a la calle. En un sentido más profundo, el zaguán es el espacio que está entre el ruido y la calma como sombra que protege. En las casas patio del México del siglo XX, el zaguán fue el espacio de los recados de los vecinos, de las entradas sigilosas y las salidas furtivas.

En Argentina y Uruguay, el zaguán es el lugar para fumar y esperar, y donde también se juega a la pelota al atardecer. Más de una vez era el escenario del día a día, donde sucedían charlas, peleas, gritos y silencios. En el modo de hablar popular, “estar en el zaguán” significa estar a la espera de algo por llegar, permanecer a la expectativa de una decisión. Más que un espacio físico es casi un estado del alma.

En Colombia, el zaguán es un corredor profundo que va desde la puerta hasta el patio central y por ahí han pasado generaciones, tristezas y alegrías. Antes se dejaban los caballos y ahora las bicicletas. Es el espacio que se barre primero al amanecer, como si limpiar el umbral fuera un primer saludo al mundo. Por su parte, en Chile, particularmente al sur, en la región de Los Lagos y la Araucanía, encontramos un elemento arquitectónico típico que posee una función tanto práctica como simbólica dentro de la vivienda y que me atrevería a considerarlo como un zaguán: la “chiflonera”. El nombre se deriva de chiflón, que es esta corriente de aire frío común al sur del país. Es un elemento que se adapta a la arquitectura por el clima lluvioso y frío y que sirve de vestíbulo cerrado o cámara previa a la puerta principal de la vivienda evitando la entrada del chiflón a la misma. Es un elemento de recibimiento y cobijo, símbolo de hospitalidad y

resguardo, que sigue siendo estimado en la arquitectura contemporánea. Otro ejemplo está en Cuba y el Caribe, el zaguán tiene el mismo ambiente caliente que la isla, pues es un refugio de sombra frente a la luz abrasadora, pero también es lugar de comunidad, ya que por el zaguán se asoman los vecinos, se conversa sin salir del todo, se vigila la calle sin exponerse, es el ojo de la casa, su lengua, su oído.

La palabra cambia en otras culturas, pero el concepto persiste. En Japón, el *genkan*, es el lugar donde se quitan los zapatos y se cambia de mundo. En Italia, el *androne* relaciona la ciudad con el centro de los edificios. En el mundo árabe, de donde proviene la raíz del término *istawán*, el zaguán ha sido siempre un espacio de transición, un filtro ineludible entre lo privado y lo social.

Más allá de sus diferencias formales, el zaguán conserva algo que lo hace universal: es un lugar sin pertenencia total, una especie de tierra de nadie donde ocurren cosas decisivas, ya que ahí no se vive, pero se decide cómo se vive. Es el lugar donde uno se ata los zapatos, se despide de una infancia, se mira por última vez al espejo antes de abrir la puerta. En términos simbólicos, el zaguán es el arquetipo del umbral y como tal, representa el instante entre el “ya no” y el “todavía no”. Al ser el lugar del rito de paso, del comienzo y del final, las despedidas y las esperas ocurren ahí, pues al ser espacio de incertidumbre, también es de posibilidad. En arquitectura, es un elogio decir que un espacio sabe ser zaguán, ya que no separa, sino que une.

En este libro, el zaguán pudo haber sido el capítulo cero, el que no figura, pero antecede, porque antes de recorrer el patio, los cuartos, la cocina o la azotea, uno entra por el zaguán y ese entrar ya es habitar y ese habitar ya es recordar. Quizá, después de todo, la vida comienza en un zaguán, o termina en uno, con alguien mirando la calle desde la sombra, dejando que el mundo siga, como si aún no fuera tiempo de cerrarle la puerta. El zaguán, más allá de su forma, es una manera de estar. Arquitectónicamente, es un gesto de pausa, como un inicio que ofrece al cuerpo y a la mirada la posibilidad de ajustarse al cambio. Ingresar a una casa sin zaguán es entrar de golpe, sin mediación, como si algo nos faltara al cruzar: por ello nos enseña en el ritmo y nos detiene para que la luz cambie de tono y nos

acostumbremos a ella, y que el aire transite de lo urbano a lo íntimo o viceversa, ya que es un espacio que nos prepara para entrar o salir.

Como docente, lo entiendo también como una imagen del aprendizaje, pues enseñar arquitectura no es sólo transferir conocimiento, es acompañar el cruce de umbrales y estar en el momento en que alguien deja de ver el espacio como fin para comenzar a percibirlo como lenguaje y suceso, al tiempo que se aprende que es más importante la escena que el escenario. El estudiante que entra por primera vez a un aula, a una obra, a una casa, también está en su propio zaguán y no sabe aún todo lo que va a encontrar. Por eso, el zaguán además de ser importante en la vivienda, lo es también en la vida pedagógica, ya que es ese lugar en que se activa la curiosidad y siembra la posibilidad.

Recuerdo, por ejemplo, esos zaguanes de los barrios antiguos, donde la casa era casi una conversación entre el interior y el exterior: espacios donde el límite no era una línea rígida, sino una zona de negociación. A veces, al recorrer por ciertas ciudades, aún es posible percibir esa cualidad, la de un zaguán abierto a la calle donde alguien toma café o realiza alguna tarea. Esas escenas, tan cotidianas y aparentemente sencillas, son las que otorgan densidad cultural al espacio arquitectónico porque no todo es gesto formal. En muchas ocasiones, el alma de la arquitectura está en esos espacios intermedios, humildes, donde suceden las cosas pequeñas que dan sentido a lo grande.

El zaguán, por tanto, no es sólo una tipología por estudiar, sino algo a entender y, como arquitectos, aprender a diseñar umbrales, además de puertas, nos ayudará a entender que el tránsito es una oportunidad de darle sentido a lo que hacemos, y no únicamente la ausencia de forma. El espacio entre un afuera y un adentro puede ser indiferente o puede ser significativo, eso depende de cómo lo pensamos y cómo lo habitamos. En este sentido, el zaguán es también una lección ética y política: nos evoca que el acceso, el cruce, no son neutros y que cada vez que alguien entra, está atravesando una decisión espacial que afecta su manera de estar en el mundo y que va más allá de un plano. Pasar por el zaguán implica o “entrar” a la casa o “entrar” a la ciudad, según el sentido de su transitar, con lo que el afuera y adentro toma otro sentido.

Podría decirse incluso que el zaguán es una forma de hospitalidad, pues si se diseña con cuidado se piensa en el visitante, además del habitante con un primer gesto de generosidad espacial. Y esto creo, es lo que más necesitamos: espacios que sepan recibirnos y lugares que nos hagan ver que habitar no empieza con el encierro, sino con el encuentro. Así, el zaguán es una metáfora del principio de algo que apenas empieza a decirse en un territorio de lo posible, donde el afuera y el adentro se rozan sin anularse, no sólo un simple umbral físico. En ese pequeño espacio suspendido es donde tal vez la arquitectura nos muestre su capacidad de conmover sin alzar la voz y de otorgar sentido sin explicarlo todo, ofreciendo cobijo desde el umbral, porque toda buena arquitectura, antes que imponer, invita y toda invitación necesita un zaguán.

En un tiempo como el actual, en el que todo se acelera y en el que muchas casas ya no tienen umbral y los edificios se abren indiferentes y directamente al ruido de la calle, tal vez volver al zaguán como concepto, que no necesariamente en forma, sea una declaración de intención y de resistencia. Un modo de defender la pausa recuperando el arte de llegar y no sólo de entrar, la cual implica una forma de pensar la arquitectura como una composición del paso del tiempo.





## Nacer: la composición, donde todo comienza

**N**acer es ser arrojado a veces suavemente, a veces con escándalo, a una forma, a una estructura, es la puerta de entrada al mundo. Nacer es descubrir que no basta el cuerpo para estar, hace falta un lugar o un recinto que acoja el primer aliento. Por eso, tal vez, la arquitectura y el nacimiento se parecen tanto, ya que ambos trazan un adentro frente a un afuera, ambos fundan un espacio posible.

El primer espacio que habitamos es un latido cálido y rítmico, contenido en un cuerpo dentro de otro cuerpo, una composición perfecta de límites suaves y envolventes, donde comienza nuestra relación con el espacio, no desde la razón, sino desde el cuerpo. Ese cuerpo se acomoda y se pliega en relación con una estructura que no ve, pero que reconoce. En la casa patio, ese espacio primero es algo más profundo que una sala o habitación, es el pasaje del aire al abrigo, el tránsito del mundo sin forma al mundo con rostro como elemento clave de composición alrededor del

cual se distribuyen la casa toda. Quizá, entonces, nacer se parezca a atravesar el zaguán, pero no a pie, sino con el cuerpo entero, como si pasaras de la penumbra del útero al claro del día, como si la vida fuera esa casa que comienza por su umbral estrecho y sagrado.

El nacimiento no tiene muebles y no tiene lenguaje, pues aún no tiene escaleras ni puertas y sólo tiene sensación: la del calor, la del contacto, la de una luz que nos alumbra pero que no se comprende. Como en el patio, el centro está vacío, pero toda gira en torno a él. Es un vacío que organiza, como la matriz lo hizo, y donde la arquitectura se presenta como sensación, más que como objeto, ya que el nacer es ingresar a un orden tácito de relaciones espaciales: arriba y abajo, adentro y afuera, calor y sombra, ritmo y pausa.

Así también la casa, antes de ser entendida, es sentida. Uno no sabe qué es una casa cuando entra por primera vez, pero sabe si lo está cobijando o no, como un recién nacido, que no puede nombrar el pecho ni el abrazo, pero sabe que lo contienen. En ese sentido, la casa patio es casi un útero abierto, recinto amurallado que no encierra, sino que protege mientras muestra el cielo. Un patio rodeado de muros es como una infancia rodeada de presencias, no todo se entiende, pero todo se percibe como la luz que se mueve y las voces que resuenan. Nacer, en ese mundo, es despertar en el centro de algo que ya estaba vivo antes de llegar, y eso básicamente es la composición arquitectónica: una manera de articular lo disperso, de dar forma a lo informe, de crear sentido. Nacer, entonces, es también ser compuesto, es ser ubicado, orientado, sostenido por una estructura que, sin decir palabra, nos da un lugar.

En arquitectura, nacer es una historia empezada antes de que llegáramos y los materiales importan más que los planos, pues lo que queda en la piel no es la forma del muro, sino su temperatura y el suelo no se evalúa por su nivel, sino por su vibración. La vida que comienza no busca geometrías, busca gestos de hospitalidad. En una casa patio, esos gestos están por todas partes: en la sombra que cae justo donde hace falta, en un rincón en calma o en un muro que guarda el calor de la tarde.

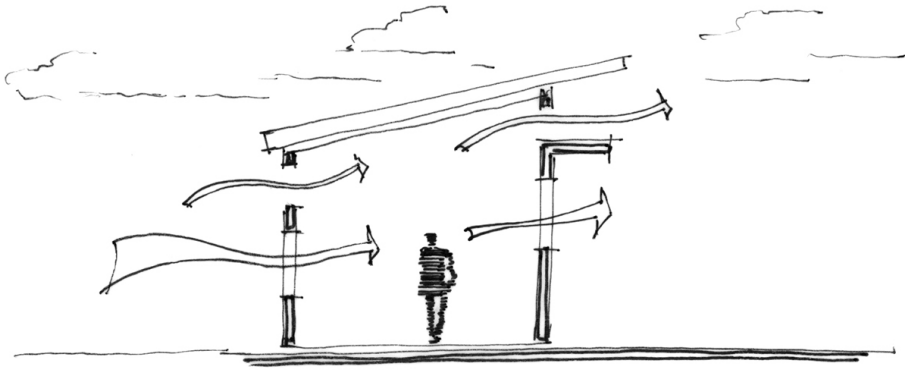
Nacer en arquitectura es escuchar un idioma sin haberlo aprendido. Uno empieza a entenderlo por el espacio, por el tono de las paredes y de

una voz que se repite como canción. Así como se aprende a hablar por estar entre quienes hablan, uno aprende a vivir por estar dentro de una arquitectura que da permiso para existir. Tal vez por eso, la arquitectura debería aspirar a parecerse al momento del nacimiento, ser una bienvenida y no imponer su estructura, provocar que algo comience y no gritar su presencia, generar espacio para que alguien se descubra. Como el zaguán que no detiene, sino que acoge, como el patio que no habla, pero deja escuchar o la cocina que no empuja y te adopta.

Nacer es el acto más radical de confianza pues uno se entrega al mundo sin saber si será bueno y la casa verdadera se expresa con un sí silencioso, un sí de barro, de luz, de aire que dice “aquí puedes estar”. No hay parangón más íntimo que este: nacer como acto arquitectónico, porque al final, todo nacimiento pide un espacio donde comenzar y que no únicamente nos resguarde del mundo, sino que lo revele poco a poco.

En ese sentido, la casa patio es más que eso, es también una escenografía para el asombro, para que las cosas sucedan, es una casa que no enseña nada, pero lo sugiere todo, como la vida misma. El recién nacido no sabe de muros ni de techos, pero ya percibe el ritmo del espacio, de la distancia, y del silencio; intuye la proporción, siente los extremos y se acomoda a la composición que lo rodea como se acomoda a un cuerpo que lo espera. Nacer es, al final, ser introducido a la arquitectura invisible pero sensible, y quizás por eso, cada vez que una buena composición arquitectónica nos envuelve, volvemos a nacer un poco, volvemos a apreciar que el mundo tenga lugar para nosotros.





## Respirar: habitar el aire

**S**i nacer es irrumpir en el mundo, respirar es comenzar a habitarlo. Es el primer gesto autónomo, ya que no exige lenguaje, ni voluntad, ni conocimiento y simplemente sucede, como sucede también, con la misma suavidad y profundidad, la arquitectura verdadera, aquella que no obliga a estar, sino que permite estar. Respirar es el ritmo más íntimo de la vida y lo hacemos antes de pensar y antes incluso de sentir y, sin embargo, es lo que nos sostiene, lo que acompaña todas las cosas, como con los distintos espacios de la casa patio que se respiran más de lo que se piensan. Se experimenta con el cuerpo, con la piel, con la sombra que camina a nuestro lado sin hacer ruido, respirando con los ojos, viendo con el oído y sintiendo con el andar.

El patio, ese vacío cargado de presencia, es el corazón de esta respiración arquitectónica. Por él entra la luz, el sonido, el viento y, como los pulmones en el cuerpo, el patio inhalaba y exhalaba el clima y los aromas. Por eso respirar en la casa patio no era solamente una función biológica,

sino un acontecimiento del alma, donde uno se sabía dentro porque el aire cambiaba, porque en ese hueco delimitado por muros, el aire tenía forma y ese aire nos formaba a nosotros también.

Después del nacimiento, la primera prueba del mundo no es caminar ni hablar: es adaptar el pecho a la atmósfera, aprender a convivir con el afuera que ya es adentro. Respirar es, en ese sentido, una forma de pertenencia silenciosa, pues no hay arquitectura posible donde no se pueda respirar y no hay hogar sin aire que no sea amable. En la casa patio, un acto compartido es respirar, porque el aire entrante se reparte entre todos los cuartos, entre todas las personas, entre todos los instantes: en los corredores, en los anchos muros, en las puertas y en los techos altos... la arquitectura se abre como un tórax expandido, que no deja entrar cualquier cosa, pero dejar entrar lo necesario.

Quizá por eso, en esa etapa temprana de la vida, antes del lenguaje articulado, lo que uno aprende no son ideas, sino climas y ritmos: la temperatura de una casa, el tempo de su respiración, pues hay casas que respiran con uno, y casas que asfixian. La buena casa te invita a quedarte largo rato junto a una rendija, simplemente viendo cómo la cortina se mueve al entrar la brisa. En la casa patio, esos momentos no son excepción, su disposición arquitectónica está hecha para conservar el aire y no para dominarlo. Así también uno aprende a estar en el mundo percibiendo cómo el aire transita a través de uno mismo, cómo cambia con la hora o con la estación, convirtiéndose el aire en el espejo invisible del tiempo. Cuando la casa patio se mostraba al cielo parcial, enseñaba que lo importante no necesariamente tiene forma y que el espacio importante, al igual que el respirar, es el que no se ve, pero se habita.

Respirar también implica estar en espera sin moverse para permitir que el aire entre y salga. La respiración vista así es paciencia con cadencia, y la casa que respira con nosotros nos enseña a esperar, demostrando que lo de más valor no es para acumularlo, sino que debemos dejarlo pasar. En los años primeros de infancia, antes de la conciencia del yo, lo que percibimos y guardamos en la memoria es el compás de la respiración de quién nos lo comparte al recargarnos contra su pecho para dormir. La arquitectura que respira debe ser suave, constante, tranquila.

En la casa patio, respirar era la confianza en el sol, era la fe en que saldría cada mañana para iluminarnos y calentarnos y que el viento ya sabía el camino de entrada para disminuir el calor al caer la tarde. La arquitectura de la casa patio, sin ejercer controles sobre el clima, nos permitía coexistir a través de formas arquitectónicas que nos permiten vivir tranquilos, sin violentarnos.

Respirar, como etapa vital de la vida, es además un arte. El arte de dejar que la vida siga y trascienda, el arte de abrir el pecho y de contener la respiración sin temor a ahogarse. Como el primer aire que respiramos e hincha nuestros pulmones, así debe entrar la arquitectura en nuestra vida, como una invitada y no como una carga.

Por eso, después de nacer, lo primero que uno necesita no es una dirección, ni un lenguaje, lo primero que uno necesita es un aire que diga: “sí, puedes estar aquí, puedes colmar tus pulmones sin miedo, puedes crecer y puedes ser”. La casa patio sabe decir esto y también sabe respirar contigo, te enseña que el mundo, aun en su inmensidad, puede tener un centro donde el aire se convierte en hogar.

Cuando se enseña arquitectura, uno va comprendiendo que antes de hablar de sistemas constructivos o de estilos, hay que hablar del aire, pero no en lo abstracto, sino del aire concreto que se mueve entre muros y que se queda en los patios. Deberíamos enseñar a cuidar ese aire pensando en la respiración de los edificios como una realidad viva, no como metáfora, eso lo sabe nuestro cuerpo y lo saben nuestros ojos cuando cruzan la puerta. Y es que el aire es un material que, aunque no lo mostremos en los planos y sea invisible en el tiempo, es determinante, ya que no sólo debe moverse y circular, también debe transformar limpiando el clima interior. Para ello tenemos elementos que podemos utilizar, por ejemplo, un muro además de limitar filtra; un alero además de cubrir, también guía el viento.

La arquitectura que respira no impone su forma, sino que escucha lo que el clima tiene que decir. En esa escucha esta de origen una humildad proyectual, sabiendo que lo más importante no siempre se ve. La casa que respira no controla y deja lugar a lo incierto porque respirar es, en sí mismo, una apertura: se inhala lo que no se conoce y se exhala lo que ya ha

pasado. Por eso, en un sentido más profundo, una casa que respira es una casa que permite el paso del tiempo y ello es algo que todo arquitecto debe buscar alcanzar, que sus espacios, además de ser usados, faciliten vivir con naturalidad y sin ansiedad.

En ocasiones pienso en cómo es nuestra respiración en distintos espacios, en lo diferente del aire de una habitación cerrada y el de otra que se abre al patio y en cómo nos cambia el ánimo en el momento que el aire puede moverse. Existen casas donde inconscientemente uno contiene la respiración y otras donde uno suelta el pecho sin darse cuenta, eso también es arquitectura y enseñanza.

Tal vez por eso, enseñar a diseñar no debería comenzar por la forma, sino por el ritmo vital de un espacio que no oprima, que se mueva con los ciclos del aire en pausas y en repeticiones porque, así como aprendemos a respirar, también podemos aprender a diseñar con el cuerpo y desde el cuerpo. Cuando un estudiante entiende que la arquitectura no es para ser vista, sino para ser vivida, entonces ha cruzado un umbral que marca la diferencia entre construir y habitar. En este sentido, la casa patio enseña sin hablar, sólo con la manera en que encuadra el cielo y que deja entrar la luz y el aire para mantenerse fresca cuando todo afuera quema. Nos enseña que no son enemigos para contener, son aliados a invitar para lograr una vida plena con lugares que respiren con nosotros.

Respirar, entonces, es la segunda arquitectura, mientras que la primera es la del cuerpo que nace. Entre ambas, lo que se construye es la confianza en una brisa que entra por donde debe entrar y que provoca la cortina que se mueve como si también tuviera vida o en la sombra que llega justo cuando hace falta, algo que no se enseña en planos ni en reglamentos. Eso es arquitectura respirable al mismo tiempo que vida posible. Por eso, cuando proyectamos y más importante, cuando enseñamos a proyectar, tal vez deberíamos preguntarnos menos por el volumen y más por el aire. ¿Respira este espacio? ¿Permite vivir sin miedo, sin apuro, sin encierro? ¿Deja entrar lo necesario y salir lo que ya no hace falta? ¿Se acomoda al cuerpo como un primer abrazo? Porque si la respuesta es sí, entonces no sólo estamos diseñando un edificio, estamos dando la bienvenida a una vida.



## Alimentarse: la cocina, lugar del fuego y la palabra

**E**n toda casa hay un latido, un ritmo que no se ve, pero se escucha. Es el golpeteo suave de los utensilios, el borboteo del agua, la música invisible del hervor. Esa pulsación ocurre, inevitablemente, en la cocina, que más que un espacio es una presencia que está viva, respira vapor, se tiñe de olores y se llena de voces. Es el único lugar de la casa donde lo invisible se vuelve sustancia y donde se corta el aire espesando el silencio, mientras se amasa el tiempo.

En la casa patio mexicana del siglo XX, la cocina era el corazón en llamas, sin ser necesariamente el centro físico (ese lugar solía ser el patio), pero sí el centro moral y sensorial del hogar. Ahí ocurría lo esencial: no sólo se cocinaba, se pensaba; no sólo se hervía, se cuidaba; era el escenario donde se aprendía sin manuales la alquimia de los días: cómo alimentar, cómo sanar y cómo estar presente. La cocina era espacio de matriarcado, sí, pero también de legado. Cada comal y cada cazuela de barro tenía una

historia que no siempre se contaba con palabras, se contaba con gestos, con la forma en que se partía una cebolla, con el modo en que se “dejaba reposar”. No existía la prisa, pues las cosas tenían que tomar su tiempo, como la vida y las decisiones, y también como las despedidas que comenzaban muchas veces con la pregunta: “¿ya comiste?”.

No conozco cocina que no sea, en cierto modo, una pequeña fábrica de consuelo, pues es el sitio al que uno regresa después de una derrota, el sitio donde se busca calor cuando todo afuera se enfría. La arquitectura de la cocina tradicional está pensada para recoger, además de ingredientes, historias. Las cocinas de antes eran grandes, no por lujo, sino porque la vida se sentaba ahí. Se comía de pie en la esquina o en bancos bajos y en cazuelas compartidas. La comida no era un acto aislado, era una conversación.

Hoy ya no es así, las cocinas cada vez son más pequeñas e incluso empiezan a diluirse, empiezan a perderse en la homogeneidad de la casa actual. Antes, los materiales importaban, desde el olor del barro cocido, hasta la textura de la madera de pino y el color de los trastos colgados en la pared como si fueran partituras. Todo tenía un papel, en especial el fuego: dios pequeño, doméstico, al que se le ofrecía tiempo, atención y cuidado, un fuego que nunca debía apagarse del todo, como los afectos verdaderos.

La cocina, en este libro, no puede ser otro espacio y no puede confundirse con el cuarto, ni con el corredor, ni con el comedor, porque representa el cuerpo, pero también la memoria, donde lo que se transmite se hereda y se cocina. Uno no recuerda la fecha de un acontecimiento como su olor: la sopa de fideo de una tarde triste, el pan dulce de un regreso, el guiso que sabía a abrazo. En distintas culturas, la cocina es el altar de lo cotidiano: en Japón, el *kamado* (fogón) era un sitio sagrado; en África occidental, la cocina comunal aún hoy es el centro social del pueblo; en la tradición islámica, el fuego y el pan tienen su nivel de respeto. Pero es en América Latina, y en México especialmente, donde la cocina se vuelve narración corporal, pues no hay vida que no haya pasado por ahí.

Hay un momento inevitable en que uno se encuentra solo frente a una estufa, revolviendo algo sin pensar en la receta y sólo recordando las ausencias. Es entonces cuando uno entiende que la cocina es más que el lugar donde se prepara la comida, es donde se prepara uno mismo. Lugar donde

se aprende que el calor transforma y que el hervor renueva, que hay que “saber dejar enfriar” para poder servir. En una época que celebra la eficiencia, la cocina nos recuerda la virtud del tiempo lento. Último refugio de la paciencia y del agradecimiento, porque toda vida que ha sido (bien) alimentada ha conocido la forma más elemental del amor.

Por eso, en esta casa de imágenes, esta casa de parangones, la cocina no puede ser otra cosa: es la parte de la vida en donde uno cuida y es cuidado; donde se construye, cucharada a cucharada, la idea de hogar, y cuando las palabras no alcanzan, se sustituyen con un plato de sopa caliente.

Y es que, en la cocina, como en pocos lugares de la casa, se expresa el tiempo, no el tiempo medido por el reloj, el otro, el de la espera del hervor y del reposo. En ese tiempo que no se apura, la arquitectura se hace humana por su ritmo, más que por su escala. El espacio se acomoda a los gestos, mientras el cuerpo se mueve entre fuego, alacena y fregadero con un baile aprendido sin que nadie lo haya enseñado porque se hereda (o aprende) viendo al que sabe. La cocina es además escuela informal de lo esencial, lo importante no siempre es visible y hay que poner en marcha los otros sentidos, pues ahí se prueba, se escucha, se huele.

Como arquitectos, no deberíamos subestimar jamás la cocina, ni desde la teoría y mucho menos desde el diseño. No es un espacio nada más, es una concentración de sentidos en un lugar donde la vida es tocada por la arquitectura. ¿Cómo proyectar una cocina sin pensar en los aromas? ¿Cómo trazarla sin recordar el sonido al cortar sobre la tabla o la luz de la mañana mientras huele a café? La cocina reclama a quien la piensa, que este pensamiento más que una función, sea un lugar que es experiencia cargada de sentido.

Hay cocinas con ventanas que lo expresan todo, desde ahí se observa a los hijos crecer, al mismo tiempo que se observa pasar el tiempo en el crecimiento de los árboles del patio o en los cambios de color de los muros vecinos. Hay cocinas donde se ha llorado en silencio mientras se lava un plato, o donde se ha reído fuerte mientras se revuelven los frijoles; hay cocinas pequeñas, donde sólo caben tres personas, que al mismo tiempo son tres generaciones; amplias cocinas de campo, donde el humo huele a amanecer y pequeñas cocinas urbanas, donde se pelea diariamente al comer.

Por eso, personalmente creo que cuando pensemos la arquitectura de la vivienda, de la casa, no deberíamos ceder tan fácilmente a esa tendencia de reducir o desaparecer la cocina en nombre de la modernidad. Una casa sin cocina no es una casa, no es más que un lugar para dormir. Las cocinas abiertas, integradas al comedor o a la sala, pueden ser atractivas y cómodas, sí, pero reflexionemos si con ello no pierden su intimidad y su capacidad de recogimiento del que hablábamos. Entonces tal vez ya no son la cocina, sino una escenografía para otras escenas que habría que analizarse.

Recuerdo una vez visitar una casa donde la cocina era impecable, moderna, funcional, minimalista dirían los simplistas, pero vacía: no olía a nada, ni sonaba a nada. Era un espacio sin alma y sin voz. De cara a eso, una cocina modesta, con sus manchas de uso y su aroma de días vividos, tiene más arquitectura que cualquier render.

La cocina enseña también la ética de lo pequeño, pues en un mundo de imágenes obsesionado con la velocidad y con el éxito, la cocina nos recuerda que hay que volver al fuego bajo, a la espera y al cuidado de que no se derrame al hervor. También nos enseña que alimentar a otro es una forma de habitar el mundo con ternura y que simbólicamente cocinar es encender la vida con el encendido del fogón.

Por otro lado, la cocina sea quizá el lugar más político de la casa, porque ahí se decide qué se come, quién lo prepara y cómo se comparte, porque ahí se ejerce, sin cuestionamientos una forma de potestad amorosa: la de alimentar al otro.

En tiempos donde todo parece fragmentarse, cocinar para alguien es un acto de resistencia para generar comunidad. En esta casa patio y otras tantas otras de México, la cocina es memoria y es refugio, y también es el lugar donde la arquitectura se vuelve un comensal que, sentado a la mesa, se ensucia por el olor y la grasa convirtiéndose en parte del guiso. Y eso, aunque suene sencillo, es una de las formas más profundas de habitar.



## Estudiar: alojarse en la sombra que ilumina

**E**studiar no es repetir ni es almacenar, tampoco es sentarse frente a un libro como quien espera un milagro. Estudiar es habitar una inquietud, es preguntarse con los ojos abiertos y los codos sobre la mesa, es aprender a mirar de nuevo, incluso lo que ya habíamos visto mil veces y no para tener razón, sino para percibir el mundo un poco más despacio. En la vida, estudiar es una manera de buscar herramientas, algunas son visibles, como un verbo, una fórmula o un plano, y otras invisibles, como la duda, la paciencia o el ritmo del pensamiento. Todas ellas son necesarias para abrirnos paso, para no ir a ciegas entre los días. Estudiar es el momento en que uno comienza a levantar su arquitectura interior, piedra por piedra, página por página.

En la casa patio, estudiar también tiene su espacio, o más bien, su clima, su atmósfera callada y propicia, pero no siempre es un escritorio o una habitación con libros, a veces se trata del corredor largo y fresco,

donde se escuchan los pasos del mediodía como un metrónomo; a veces es una esquina con sombra, donde la luz entra lo justo para no cegar; y a veces es una barda con musgo donde uno apoya la espalda mientras piensa. La casa patio no define un solo sitio para el estudio, pero lo permite en muchos porque su arquitectura no interrumpe. Estudiar en esa casa no era separarse del mundo, sino ponerse a una distancia corta para observarlo mejor, como quien toma un libro y se sienta a leer frente al patio, con la mirada que se levanta de vez en cuando para ver cómo se mueve la sombra de un árbol. En esa escena hay una lección que no está en las palabras, que pensar requiere tiempo, tiene que germinar como la luz en los muros, de forma lenta pero diaria, el saber no se impone.

El estudio verdadero no es instrumental, no sirve sólo para resolver, sirve para reconocerse en el mundo. Cuando uno estudia arquitectura no sólo es construir, es aprender a mirar el espacio con otra conciencia: deducir el peso de un muro, la transparencia de un vano o la generosidad de una sombra. Estudiar arquitectura, como estudiar la vida, no es entender cómo se hacen las cosas, sino por qué algunas cosas merecen ser hechas. Por eso, en la casa patio, el acto de estudiar se parece tanto a encontrarse atento a los sonidos de los pasos, de la lluvia o de los pájaros; atento a las texturas del barro, del mosaico y del muro encalado; atento a los ritmos, como el paso del sol y a la aparición de las sombras. Esa atención es también una forma de conocimiento, de hecho, toda arquitectura comienza con observar y todo estudio que vale la pena empieza por aprender a ver.

En la infancia o en la juventud, estudiar muchas ocasiones se considera como una obligación, pero con el tiempo uno comprende que era una forma de estar en relación con lo que no sabíamos, una manera de aproximarse a lo ajeno sin miedo. La arquitectura de la casa patio ofrece ese mismo gesto de cercanía sin invasión. Estudiar en ese espacio se vuelve algo más que aprender, se vuelve formarse, ser afectado por lo que uno lee, por lo que uno mide y por lo que uno intenta comprender. Toda herramienta verdadera empieza por una pregunta y toda pregunta necesita un lugar para sostenerse. Además, no se puede estudiar con prisa, no se puede estudiar entre el ruido, hace falta una cierta quietud profunda, no de silencio total, sino de entorno respirable. La casa patio es maestra, pues

su arquitectura no impone silencio, pero lo sugiere, no exige concentración, pero la hace posible, como si sus muros guardaran un acuerdo tácito con nosotros para permitirnos pensar.

Estudiar también es perderse un poco dejándose confundir para salir del saber automático y adentrarse en lo que todavía no se entiende. La arquitectura que acompaña ese momento debe permitir rincones y sombras donde uno pueda no saber todavía, no debe ser rígida. El corredor largo de la casa patio tiene la potencialidad de ser ese espacio, que no es destino, sino tránsito, no es certeza, sino exploración. En esta etapa de la vida, estudiar es más que acumular herramientas para el futuro, es, sobre todo, prepararse para el encuentro con uno mismo para sostener las preguntas cuando las respuestas no lleguen, para diseñar sin olvidar a quién se diseña, para vivir sin dejar de mirar la vida, pues no se puede diseñar un contenedor de vida si no se sabe de esta.

La casa patio, con su geometría abierta y su silencio compartido, es el aula perfecta porque permite aprender. Estudiar, en el fondo, es un acto de fe lenta, en que algo de todo eso servirá para más adelante, que las palabras, los trazos, las fórmulas, los ensayos y las noches en vela construirán algo que todavía no se ve, como una casa que se proyecta con líneas frágiles y termina siendo espacio para vivir. Si hay una arquitectura que nos enseñe a creer en esa lentitud, en ese crecimiento callado, en ese saber que se construye despacio y entre pausas, es la casa patio. En ella uno aprende además de estudiar, a confiar en el tiempo y ese, quizá, sea el aprendizaje más difícil de todos.

Estudiar se nos convierte, entonces, en un camino que transitamos durante toda la vida. No es un asunto que esté circunscrito a los años de escuela, desde preescolar hasta posgrados, o que aparece eventualmente con diplomados o actualizaciones disciplinares, es o debería ser la plena disposición a hacerlo constante e interminablemente, con el coraje para mantener abierta la curiosidad. Por eso, cuando hablo de la casa patio como lugar de estudio, la pienso como modelo a seguir y como modelo de rescate para volver a la arquitectura que circula y que no se cierra. Aquella que nos permite regresar a los puntos de partida, pero sabiendo más. No lo digo como como un rescate de un escenario del pasado, sino como

muestra de que la escala humana de los espacios nos enseña también a aprender y cuidarnos en la estridencia de la actual arquitectura.

Estudiar también lo podemos concebir desde este punto de vista: el cuidarnos en el mundo y en cómo ingresamos y nos movemos en él, cuidar que entendamos las cosas y con ello aprendamos a nombrarlas. En esa labor, la arquitectura y los espacios que la conforman son un contenedor que se convierte en un interlocutor silencioso con el cual es posible dialogar como lo hace la casa patio, con su dinámica y sus pausas, con sus transiciones sombra/luz, adentro/afuera, convirtiéndose así en una enseñanza que sin urgencia nos invita a aprender a ver mejor. Es una pedagogía sin método, pero sí con una intención que nos lleva a la reflexión profunda para que el pensar descanse sin que la atención decaiga y que el cuerpo se sienta parte del lugar y, por tanto, del aprendizaje.

Como profesor, insisto en que los estudiantes tengan claro que saber de arquitectura no es conocer normas, métodos o teorías. Estudiar arquitectura va más allá, significa educar la sensibilidad para desarrollar la percepción y así labrar un criterio. Estudiar arquitectura significa saber que el espacio arquitectónico está mucho más allá de su función o su forma, y que por ello no basta con diseñarlos y que contengan muebles que nos indiquen como usarlos, sino que deben ser espacios que provoquen o al menos que permitan la inspiración. Espacios que, como en la casa patio, nos recuerden que el conocimiento también es atmosférico y, sobre todo, que la vista no es el único sentido por el cuál todo se sabe, que existen saberes auditivos, olfativos, sensitivos que nos acercan sabores y saberes que en conjunto completan el estudio.

Saber que un muro respira nos permite decidir el mejor aplanado y pintura a colocarle, saber que un material guarda calor nos ayuda a elegir mejor su colocación, saber esto y otras cosas más nos mejora la capacidad de decidir el sitio exacto a donde pertenecen. Este tipo de conocimiento y de saber, que por su sutileza es más complicado de transmitir. Se puede inculcar y cultivar que el espacio sea un aliado del cuerpo y le permita moverse, sentarse, estirarse, callarse o escuchar el eco de su voz.

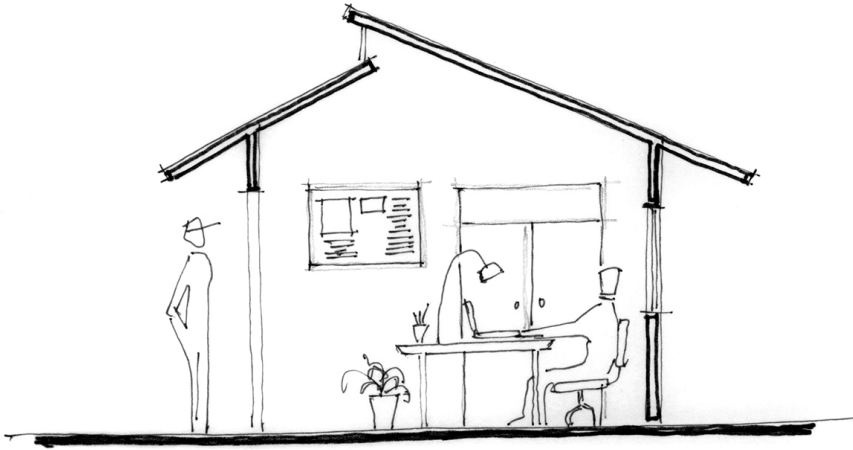
Dicho lo anterior, será más sencillo aceptar que estudiar en la casa patio, en sus corredores o en lugares que contengan atmósferas similares

es una experiencia diferente. El estudiar y el aprender en ese espacio no está separado de la vida, sino que convive con ella: se aprende mientras se limpian las ventanas, mientras nos refugiamos en el corredor para protegernos la lluvia o mientras escuchamos los ruidos de la ciudad que nos llegan por el oído del patio. En sitios así es posible estudiar en el mundo y no contra él. En un tiempo donde la velocidad del conocimiento digital resulta abstracto, este es un lugar beneficioso.

Estudiar así es resistir a la velocidad sin pausa que nos hace olvidar lo importante por lo urgente. Resistimos también a la superficialidad de lo inmediato y al olvido de lo esencial, ya que estudiar a profundidad nos lleva a pensar los espacios para habitar con dignidad. El primer espacio así es algo que podríamos llamar nuestra casa interior, entonces, la arquitectura que proyectemos no sería indiferente a la vida, y podríamos proyectar espacios que no sólo alberguen cuerpos sino procesos de crecimiento de cada persona.

Estudiar, finalmente, se parece un tanto a sembrar como quien cultiva un árbol sin saber cuándo dará fruto. Es un acto de esperanza que nos permite esperar, como en la casa patio, que la sombra se mueva a donde la necesitamos o que la luz llegué en su justo medio. Esta esperanza es un modelo del cómo se puede aprender: es algo que puede ser lento, pero intenso. Tal vez por ello, la mejor manera de estudiar sucede en la claridad del patio con la mente abierta como ventana que deja refrescar el espacio, no frente a un pizarrón o frente a una pantalla de proyección. Por último, estudiar no es llenar la cabeza, ni archivar conocimientos, es saber estar atento a que aprender no es memorizar saberes sino dejarlos entrar, pues hay lugares que hacen que el conocimiento se encarne y ello nos permite mejorar nuestra forma de estar en el mundo.





## Trabajar: construir con lo que uno es

**T**rabajar no es simplemente hacer, ni producir, es responder al mundo con lo que uno tiene entre manos. A veces es fuerza, a veces es paciencia; otras veces es técnica y otras veces intuición, pero en todos los casos, trabajar es una forma de compromiso con el tiempo, con los otros y con lo que somos capaces de construir cuando ya no se trata sólo de nosotros. Trabajar es una forma de edificar hacia afuera, pero también hacia adentro y cada oficio o cada proyecto deja marcas en lo que hacemos y en quienes somos. En esa dimensión profunda, construir una casa o una vida implica siempre elegir, fallar y corregir, y hacerlo con la humildad de quien sabe que nada queda perfecto, pero todo puede mejorar.

La casa patio es, en ese sentido, la expresión de un trabajo que no grita y que no se impone, pues es parte de la arquitectura del hacer silencioso sin aspavientos y del ojo que mide con regla y, sobre todo, con respeto.

Trabajar, como habitar una casa, es aprender a responder sin avergonzarse, y en su forma más serena, trabajar es poner en el mundo un orden interior, no para dominarlo, sino para convivir mejor con él. La casa patio enseña eso, que hay estructuras que no se notan, pero que permiten que todo ocurra, que hay trabajos que no brillan, pero sin los cuales la vida no sería posible, como la losa que nadie ve, como el desagüe bien hecho, como la cimentación discreta. Así también es el trabajo cotidiano: invisible a veces, pero fundamental.

En la vida, el trabajo suele llegar después del estudio, pero no siempre es así. A veces se trabaja sin haber pasado por libros, se trabaja para poder leer, o se estudia mientras se trabaja. La secuencia no importa tanto, lo que importa es que trabajar nos une al mundo de manera irreversible, nos hace parte del engranaje, de una red con un ritmo que nos sostiene entre todos. En la casa patio, ese ritmo se escucha a primera hora, cuando la calle está apenas despierta y alguien barre el zaguán; a media mañana, cuando los sonidos de los oficios (el martillo, la máquina de coser, el radio encendido) se mezclan con los olores de la cocina y con la luz del patio; al atardecer, cuando el día comienza a recogerse y los cuerpos cargan lo que queda. En ese entramado de muros y ecos, el trabajo no es una abstracción, es vida concreta.

Trabajar no es sólo tener empleo, sino también es hacer que algo funcione, puede ser criar a alguien, preparar el pan, componer una silla, limpiar la casa, pensar un proyecto o escuchar al otro. Ese trabajo es el puente entre lo que somos y lo que damos y también lo que recibimos a cambio: reconocimiento, pertenencia, o simplemente la tranquilidad de haber hecho lo posible. Quizá por eso, en la casa patio, el trabajar estaba incrustado en los muros. No se necesitaba un taller separado o un lugar lejano para ser productivo, se trabajaba desde la casa, dentro y desde ella porque la casa misma era un cuerpo vivo, lleno de tareas, de mantenimientos y de invenciones. Se bordaba, se cocinaba, se soldaba, se escribía, se martillaba y, el patio era el corazón de ese hacer, superficie de trabajo compartido, lugar para lavar, para tender, para arreglar cosas, para resolver.

Trabajar es también una forma de cuidar porque lo que uno construye, cuida y lo que uno cuida, transforma. El trabajo noble es el que sirve

mejor, no el que acumula más, como una buena arquitectura no es la que deslumbra, sino la que acoge, no la que impone, sino la que sostiene sin esfuerzo. Trabajar en la vida implica desgaste y no hay modo de eludirlo. El cuerpo se cansa, el ánimo a veces se pierde, la rutina se impone. En ese desgaste, uno descubre lo más sólido de sí, como en las casas que han vivido muchos años y muestran una belleza hecha de uso: el muro que ha perdido parte de su pintura o el mosaico que ya no brilla y el marco vencido, todo eso no es ruina, es memoria del trabajo, es huella de lo que se ha hecho para que la vida continúe.

Trabajar es, en el fondo, encontrarse con los otros, pues rara vez lo hacemos en soledad, y aun cuando parece que sí, hay siempre alguien al otro lado quien espera y quien recibe el producto de nuestro trabajo y lo transforma en algo nuevo. Por eso el trabajo, al igual que la casa, no es sólo acción individual, sino una red de presencias y de vínculos silenciosos que nos recuerdan que pertenecemos a un grupo en común, que no estamos aislados y que somos parte de algo mayor.

En la arquitectura de la casa patio, el trabajo aparece como una coreografía colectiva no siempre organizada, pero sí constante donde cada uno, con su tarea, su esquina, su momento y el espacio con sus corredores, sus accesos, sus patios interiores lo permite y a la vez lo alienta, lo facilita como si la casa entendiera que trabajar hacerse cargo de la vida.

Eso es lo que el trabajo bien hecho enseña: que el hacer no es un castigo, ni una carga o una pérdida, sino es una forma de construir sentido, como un plano que, al final, se convierte en casa, como una casa que, al final, se convierte en lugar.

Al final, nos damos cuenta de que el trabajo bien hecho es del que se aprende y que realizarlo dista de ser un castigo o una pérdida de tiempo. Este tipo de trabajo nos da sentido e idea, tal y como los vemos en un plano que determina los espacios, que posteriormente se convierte en casa y que el habitante lo hace lugar. Reconocer y aprender esto es determinante en la formación de todo estudiante de arquitectura, pues las más de las veces se nos enseña a proyectar desde el papel y luego desde la pantalla de la computadora y en ambos casos debemos reconocer que eso al ser la

representación bidimensional de una idea tridimensional nos deja en lo abstracto, nos coloca distantes a la realidad.

Por otro lado, si estudiamos la arquitectura que tiene origen en el verdadero oficio de resolver para lo justo, nos damos cuenta de que el trabajo inicia en las manos, en la observación atenta y en la charla con quien la habita y con quién la construye. Eso no lo encontramos en los libros, casi siempre lo aprendemos en el caminar sobre el piso de ladrillo cocido del corredor que encierra el patio o en los sonidos de la madera de las vigas al caer la noche. Es entonces que comprendemos que, además de técnica y forma, la arquitectura es una ética, la del respeto al esfuerzo de quien nos da el mandato de “hacer” su casa, del compromiso con la utilidad de la arquitectura y, al mismo tiempo, una estética de lo bello.

Al trabajar, como también debe ser al proyectar, debemos preguntarnos: ¿para qué?, ¿para quién?, ¿desde dónde?, ¿hasta cuándo? En el momento en que nos hacemos estos cuestionamientos nuestra labor se aleja del hacer en automático y nos coloca en un trabajo más cercano a un acto crítico y reflexivo. Así como un albañil, hace y vuelve a hacer el rayado de una losa de piso porque observa que es necesario corregir, igualmente nosotros como arquitectos, profesores, estudiantes, habitantes, debemos hacer un alto y preguntarnos si estamos haciendo arquitectura y construyendo un mejor mundo o sólo estamos llenándolo de objetos.

Si el trabajo se realiza con los ojos abiertos y con el corazón y no a ciegas entonces es un trabajo que nos trasforma y, en ese sentido, ser docente de arquitectura implica enseñar a trabajar, no únicamente a proyectar. Se debe comprender lo que implica cada decisión tomada y representada por una línea en un plano. Es la inversión del que lo paga, es el esfuerzo del que lo levanta, es el impacto social, urbano y ambiental en quién lo habitará.

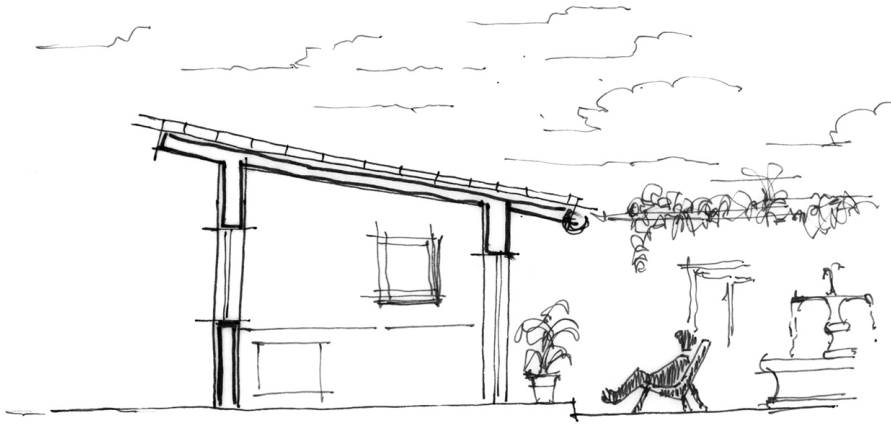
En el aula se debe enseñar que todo lo que piensan y dibujan puede pasar de ser una mera idea a construcción real en forma de puerta, piso o ventana y que no existe ninguna decisión arquitectónica que no tenga consecuencias y por lo tanto el trabajo en arquitectura es una gran responsabilidad, que las más de las veces se aleja de la gloria o del aplauso y si más cercana a la satisfacción de haber hecho un buen trabajo.

Todo docente de arquitectura debe estar consiente que acompañamos procesos de formación lentos e inacabados, que la mayoría de las ocasiones auxiliamos para realizar trabajos que nunca se verán materializados, pero que ya están ocurriendo dentro de cada estudiante. Eso también es ayudar a que otros aprendan a trabajar generando las condiciones para que cada estudiante haga su mejor esfuerzo y cada vez sea mejor en su trabajo, debemos ser como el patio que no reclama protagonismo, pero organiza, que no es el centro de todo, pero se halla cuando todos acuden, es decir estar.

Quizá por ello cuando las personas dejan de trabajar por jubilación, siguen realizando tareas en casa o se emplean en otros centros de trabajo. Ellos siguen “haciendo cosas” para estar, y lo hacen por sentido, no por costumbre pues saben, como la casa patio lo sabe también, que el trabajo dignifica y que el hacer preserva la vida.

El trabajo estará ahí para nosotros en tanto haya algo que mejorar o cuidar; y aunque sea un trabajo pequeño, siempre encontraremos en él la manera de seguir sosteniendo la vida con lo que uno es y hace. De esa forma el trabajo también es afirmar, no sólo sobrevivir, o sea, es mostrar que aquí estamos, que esto es lo que hacemos y ofrecemos, mucho o poco, pero lo ponemos al centro para el beneficio de todos. Así, cuando el día termina, y todas las actividades fueron realizadas, es entonces cuando logramos estar presentes y sentir la satisfacción de que ese esfuerzo mereció la pena y hacemos el mundo mejor. De esta forma apreciaremos que el trabajo sólo nos demanda hacer con dignidad nuestra parte y hacerlo bien; no importa si nadie lo ve ni se da cuenta, basta que nosotros lo sepamos y de esa manera confirmaremos que trabajar es también habitar, y habitar es cuidar del lugar en que permanecemos.





## Descansar: el patio, núcleo del cielo y del tiempo

**T**oda casa que respira lo hace por su patio, que es su pulmón abierto, y la confesión de vulnerabilidad donde el interior se entrega al exterior sin rendirse. El patio es el vacío que sostiene la casa, pero no un vacío cualquiera, es uno lleno de luz, de ecos y de presencias invisibles, pues es un hueco lleno de energía.

En la casa patio mexicana del siglo XX, el patio es más que un espacio arquitectónico, es una declaración de sentido. En torno a él gira la vida doméstica como los planetas en torno al sol. Todo cuarto tiene una ventana que mira hacia él, toda conversación lo atraviesa, aunque sea de reojo. El tiempo, como huésped lento, se posa ahí con más claridad que en ninguna otra parte de la casa. El patio es el lugar del centro no central, no es el más privado ni el más público, sin embargo, es común, es intermedio sin ser neutro. Lo cruzamos a diario sin detenernos, pero al mismo tiempo es el único sitio donde, de verdad, podríamos sentarnos

a mirar cómo pasa la luz, cómo pasa el tiempo haciendo envejecer las paredes. En ese sitio la casa se reconoce a sí misma como quien se mira al espejo no para juzgarse, sino para constatar que sigue viva.

Un patio es una memoria del cielo y a veces basta mirar hacia arriba, en ese recorte azul o gris o negro, para recordar que estamos bajo el mismo cielo de siempre, aunque el mundo cambie. El cielo enmarcado por muros tiene un carácter distinto que no amenaza y que nos acompaña, y desde ese hueco, el sol dibuja su danza y el viento entra como visita conocida. En el patio se juega, se riega la planta, se barre lo que sobra, es donde se callan las discusiones y se oyen las risas de los niños. También ahí se llora sin testigos, se escucha la lluvia, ya que todo lo simple y lo hondo ocurre en él. Por todo esto el patio no puede significar otra cosa que la etapa de la vida donde uno aprende a estar consigo mismo para descansar, sin techo, sin adornos y solo bajo el cielo propio.

El patio es también un espacio de presencias invisibles y de huellas que no se ven pero se sienten. Todos los que estuvimos en él guardamos un recuerdo que tuvo lugar ahí, como una charla que nos transformó en algo, una carta abierta en soledad o una planta que alguien dejó y siguió creciendo. Hay patios que aún huelen a quienes ya no están y no es por nostalgia, es porque en ese centro abierto la vida se deposita sin alardear, como si el tiempo supiera quedarse en las cosas.

Desde lo arquitectónico, el patio cumple funciones precisas: regula el clima, reparte los espacios y estructura el habitar. Sin embargo, su sentido más profundo no es técnico, sino simbólico, pues nos enseña a no temer al vacío, a encontrar plenitud en lo que no está. Nos muestra que el silencio puede ser lenguaje y que en él se aloja una forma de escucha distinta hacia nosotros y hacia los demás, así como también hacia lo que el mundo dice sin palabras. A lo largo de distintas culturas como en el Mediterráneo, en los pueblos árabes, en Andalucía y en América Latina, el patio ha sido el corazón abierto de la casa, sin encerrar, sin imponer y solo convoca. En un mundo que se precipita hacia el exceso, el patio nos devuelve la memoria del espacio libre y del respiro compartido junto a la sombra que protege y el reposo que reconcilia, un verdadero centro que, sin atraparnos, nos deja ser. No es un escenario, no necesita decorarse y basta que exista

para que ya diga todo, es la metáfora más precisa de cierta madurez: saber que no todo se llena y que hay lugares y momentos que deben permanecer abiertos para que algo pueda llegar.

En el patio de una casa es donde uno, al anochecer, se queda más tiempo sin darse cuenta, mirando al cielo, mientras se piensa sin ruido y se vive sin esfuerzo. Por eso en este libro se le reconoce como inamovible para el descanso, porque entre el murmullo de las hojas, el trazo sesgado de la luna y el sonido casi secreto del agua, la vida se parece a un patio tranquilo, al que se regresa no para buscar algo, sino simplemente para estar.

En ese hacer que permite que el pensamiento y el cuerpo se ordenen conforme a la hora y ritmo del día, es que el patio se convierte en un lugar de enseñanza y aprendizaje. De manera sutil como el aire que mueve las cortinas, nos instruye: a mirar, a escuchar, a volver a mirar sin necesidad de respuestas. En ese modo silencioso se convierte en una escuela del habitar, del habitar arquitectónico y más importante, del habitarse uno mismo. En la quietud y tranquilidad del patio libre de distracciones uno puede encontrarse con el cielo y sus nubes, con el árbol y sus sombras y en esa simplicidad encontrarse con uno mismo.

Como profesor, me he percatado que en las aulas muchas veces las propuestas, que no necesariamente soluciones, están encaminadas hacia la espectacularidad visual, hacia las formas llamativas, como si la forma provocadora pudiera ser significativa. De manera similar califican y aplauden lo que se construye alrededor del mundo, sin el mínimo análisis sobre lo que dichos objetos proponen, confundiendo “lo grandote con lo grandioso”. Pero también me he dado cuenta de que lo simple, como el diseño de la casa patio, puede provocar emociones más profundas y duraderas por la sencilla razón de que esta ahí para eso, para estar y poder estar. En su diseño no se busca la estridencia, sino el cuidado y es ahí donde reside su valor, no necesita llamar la atención para ser, pues sin buscar protagonismos, los permite. Esa actitud generosa es la que deberíamos enseñar en nuestras aulas.

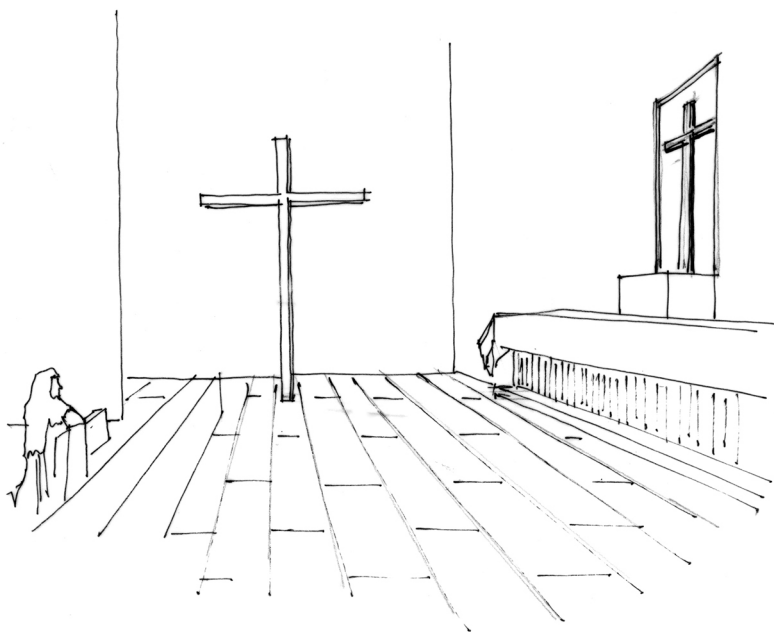
El patio lejos de ser una idea concluida es un proceso y una espera para ser habitado. Por ello es por lo que, las más de las ocasiones deseamos re-

gresar a ese patio, a esa casa o a ese edificio para poder descansar el cuerpo y darle reposo al alma. Conscientes o no, sabemos que algo se ha quedado suspendido y se ha compartido con el alma de ese espacio. Es como si el patio fuera el archivo de una serie de memorias y recuerdos sin palabras que se reviven al volver a él. Esto en arquitectura no es poca cosa porque construir una buena arquitectura no es solo cimentar, levantar muros y colocar techos, es conocer el contenido de la vida y sus descansos.

Podría decirse que es en esos momentos que la arquitectura roza lo poético y, desde la ética del buen hacer, es posible proyectar ese tipo de espacios. Enseñar a “proyectar patios” o mejor dicho a proyectar en el sentido más amplio y profundo del concepto debe ir más allá de explicar materiales, sistemas constructivos, orientaciones y proporciones. Se debe enseñar a conocer, entender y comprender el valor de lo abierto, del vacío que no necesita colmarse para estar lleno.

De la misma manera que el cuerpo requiere de momentos para descansar, la arquitectura también necesita de pausas, de vacíos. El patio es ese vacío, es la suspensión en el tiempo que hace comprensible todo lo demás, el equivalente al silencio en la música, ya que, sin esos silencios, la música sería sólo ruido. Si aún queda la duda de porque el espacio vacío, como lo es el patio, es tan importante en este mundo cada vez más orientado al interior, donde los estímulos para activarnos provienen de una pantalla, la respuesta es más sencilla de lo que pudiéramos pensar: porque necesitamos espacios donde no se nos exija ser otra cosa que lo que ya somos. En los ruidos y prisas actuales un lugar en silencio puede ser más necesario que cualquier objeto.

Por lo anterior, en los edificios que más emocionan y conmueven siempre encontramos un vacío bien puesto. No por ausencia de objetos o porque algo falte, al contrario, porque algo se espera y, ese algo, transforma la atmósfera donde nos reconocemos con nosotros mismos o con el otro. El patio nos relaja y nos enseña a descansar, no de forma pasiva, sino como reencuentro y como forma de conciencia. En ese sentido, enseñar arquitectura nos lleva entonces a enseñar a mirar los patios de la vida y construirlos más allá del diseño.



## Religión: lo sagrado sin templo

**N**o hace falta una cúpula ni vitrales para que un espacio sea sagrado. A veces, basta el rumor del agua, la forma en que la luz cae sobre una silla vacía, el murmullo de una voz que reza sin saber que se reza y, otras veces, basta un patio. La arquitectura y la religión, al menos en su forma más honda, comparten una misma vocación: la de otorgar sentido. Ambas se preguntan cómo se habita el mundo mientras se atraviesa el tiempo y se lidia con el misterio; ambas hacen pausas en medio del vértigo, construyen permanencias donde todo parece efímero.

La casa patio, con su centro abierto al cielo, es altar sin dogma, es lugar de contemplación sin liturgia ya que su geometría es humilde pero sabia. Los corredores funcionan como claustros, la cocina como ofrenda diaria, las habitaciones como celdas donde cada uno se encuentra o se pierde consigo mismo y el patio, siempre el patio, como eje del mundo, como *axis mundi* personal. Ahí, donde el sol recorre su camino sobre la tierra, donde el agua se estanca o canta y donde el silencio tiene resonancia de

plegaria, se consagra lo invisible sin imágenes ni rituales. De este lugar nace un temblor constante, el de sentir que lo cotidiano puede ser trascendente.

La religión busca el más allá desde el aquí y, la arquitectura que verdaderamente toca, también. Esta no necesita hablar de dioses, le basta con ofrecer una atmósfera donde el alma no se disuelva. En ese sentido, una casa que cobija con dignidad y que permite el recogimiento, es ya un acto sagrado. Quizá por eso tantas personas mayores rezaban en el patio, y no en la iglesia, rezaban ahí, donde la ropa se secaba al sol, donde el perro dormía y donde las macetas crecían sin orden, pues ahí también se hablaba con lo divino, porque lo sagrado no está en lo excepcional, sino en la repetición con sentido, en barrer el mismo rincón cada mañana, en abrir la misma puerta al mismo viento.

Religión, en su raíz, significa *religare*, volver a unir. La arquitectura, entonces, podría ser su hermana callada, pues ambas nos invitan a volver al centro para no disgregarnos, a recordar que, aunque nos vayamos, siempre habrá un lugar al que regresar y que ese lugar puede ser físico, pero también interno. La casa patio mexicana, discreta y profunda, es una forma de oración horizontal: no se eleva al cielo, pero lo toca, no construye torres, por el contrario, abre su corazón en el suelo. Y así, sin palabras, sin sacramentos, nos recuerda que lo divino no siempre necesita nombre, solo necesita espacio, silencio, luz.

Cuando la arquitectura logra ser sagrada y se reconoce que un muro contiene más que ladrillos y que el hueco de una puerta se convierte en umbral de sensaciones, entonces entendemos que el habitar también es una forma de fe, sin que sea necesariamente religiosa. Más que una creencia, esto se transforma en un convencimiento pleno en que el espacio puede tocarnos por dentro. En la casa patio, ese vínculo se establece naturalmente, basta con sentarnos un momento en el patio sin techo para mirar al cielo y dejar que el tiempo pase. En ese sitio, uno se reconcilia con lo simple, con lo sagrado.

Este tipo de arquitectura sin pretensiones da pie a convertirse en el más discreto de los templos. En un espacio donde el espíritu se reconcilia a sí mismo en la rutina, en la sombra que siempre está a la misma hora

y en el mismo lugar y en el sonido de las campanas que nos dicen la hora, este patio hace posible acercarnos a esa fe poniendo las condiciones para ello, pues su atmósfera sugiere ese sentido a través de lo ordinario, lo repetitivo, lo aparentemente banal.

En ese sentido, la arquitectura verdadera, al dominar el espacio, tiene una capacidad profundamente espiritual. Como docentes, como arquitectos y como personas que pensamos y hacemos espacios, debemos aprender estas formas silenciosas del habitar porque lo que se construye desde el alarde técnico o la forma espectacular no siempre resulta significativo para quien lo habita. Existen ocasiones en que el verdadero milagro lo encontramos en la modestia, en la exacta proyección de la sombra, en la correcta ventilación de los espacios que los limpia o en el banco tibio de cantera del patio de la casa. La fe también es la confianza que tenemos al diseñar, pues al proyectar cualquier espacio u objeto como un patio o una banca, podríamos hacerlo como posibles espacios para lo sagrado cotidiano y no únicamente en su función.

En muchas casas de nuestro país, todavía encendemos la vela o la veladora para acompañar y hablamos con nuestros muertos como si estuvieran enfrente o en la otra habitación. Aún dejamos la cama o el asiento vacío por la presencia que no se olvida, y estas maneras nos representan una religiosidad doméstica que nos recuerda que lo trascendente no está peleado con lo terrenal, al contrario, lo acerca y dignifica. La arquitectura bien realizada que alcanza esto, pasa de ser materia organizada a convertirse en un lenguaje que comunica en nuestro inconsciente.

En ese diálogo silencioso entre nosotros y el espacio es que nos podemos encontrar, porque de alguna manera, necesitamos ese centro, aunque no tenga altar o nombre. Un centro como el del patio en donde se comparte y nos hace ver que la vida con su ritmo, luces cambiantes y silencios debe ser parte del diseño integral donde concurren las voces con los rezos y los juegos con los duelos. De esta manera, la casa se convierte en un acto de fe y no nada más un refugio. Una arquitectura que permite estos gestos humanos del día a día es una arquitectura que escucha dando oído a la oración que no eleva la voz, bastando el susurro del espacio.

Finalmente, los arquitectos debemos poner atención a la profundidad conceptual de la casa patio y no pretender la monumentalidad literal del templo. El patio nos ha enseñado que lo divino lo encontramos en el espíritu del habitante y no en la escala del espacio. Así, podemos observar a la arquitectura como un invisible hilo que nos religa con nosotros mismos, con los otros y con la tierra, sin importar si al acto lo llamamos religión, hogar o solo vida. Lo significativo es convencernos de que, todo lo que se construye con respeto puede ser también un modo de lo sagrado, que, si bien no nos eleva al cielo, si nos enraíza en la tierra de manera plena como ante un altar.



## Política: el lugar como forma de poder

**T**oda persona es, inevitablemente, un ser político, al igual que toda arquitectura, incluso la que pretende desentenderse. Decidir cómo se habita es decidir quién habita, quién queda fuera, quién entra por la puerta principal y quién lo hace, si acaso, por la de servicio. Un muro puede dividir, pero también puede ocultar; una ventana puede abrirse al mundo o vigilarlo. El espacio nunca es neutral, es voluntad hecha forma, es intención materializada.

Estudiando análisis y crítica de la arquitectura aprendí que la arquitectura no sólo refleja las estructuras de poder, sino que las moldea y las legitima. Toda arquitectura comporta una ideología y una forma de entender las relaciones sociales, de organizar el espacio y, por tanto, de ejercer poder desde el más mínimo detalle constructivo hasta la escala de la ciudad. Cada decisión de diseño de los espacios es una toma de posición, una afirmación sobre cómo deben o pueden ser habitados y sus relaciones.

Por eso, pensar en arquitectura es también pensar en poder, en vínculos, en formas de vida colectiva: diseñar un espacio es, en el fondo, diseñar una posibilidad de convivencia.

La casa patio del México del siglo XX es también una respuesta política sin banderas ni discursos y plantea una forma de vivir centrada en lo común. Su patio no es lujo ni ornamento, es redistribución del aire y de la luz, es democracia térmica, es justicia espacial pues en su centro no hay monumentos, sino sombra compartida. La arquitectura, cuando olvida su dimensión política, se vuelve espectáculo y muestra una fachada sin ética y una imagen sin arraigo, pero cuando se hace cargo de sus alcances, puede ser acto de resistencia y de declaración de intenciones. El espacio también vota, y así como acoge, también excluye. Así como hay arquitecturas del privilegio, también hay arquitecturas del cuidado, donde construir, además de erigir, posibilita formas de estar juntos y eso, nos guste o no, es siempre una decisión política.

El poder no siempre se dice en voz alta, a veces toma la forma de un plano regulador para una alineación urbana o de una banca sin respaldo, otras veces se da en la orientación de las puertas o en la inaccesibilidad de un edificio público. La política no habita sólo en los discursos, también reside en la materia, en los muros, en la circulación del aire y en la distribución de la sombra. El lugar, como se entiende arquitectónicamente, no es nunca un vacío inocente, es una forma de poder sedimentado en donde se juegan relaciones de dominio, de inclusión, de exclusión y de jerarquía. Entonces, diseñar un lugar es, inevitablemente, tomar partido: ¿quién podrá habitarlo?, ¿a quién protege?, ¿a quién margina?, reafirmando que todo acto de diseño es un acto político.

Pensemos en la plaza pública, ese territorio idealizado como emblema de democracia, en donde el pueblo se encuentra, se reconoce y se manifiesta y donde la política se ostenta. Sin embargo, cuantas veces vemos que la cierran y militarizan, además de llenarla de obstáculos, colocando rejas “por seguridad”, o la decoran con distintos motivos, lo que provoca que pierda su valor simbólico. Cuando eso sucede, ya no es la gente quien ocupa el centro, sino el poder político.

El control del espacio es una forma sutil de ejercer el poder y eso, lo sabían los reyes o monarcas que centralizaron sus palacios o los dictadores que ampliaron avenidas para hacer desfilas sus ejércitos. Lo saben de igual manera los actuales desarrolladores inmobiliarios que fragmentan la ciudad en guetos de lujo y de marginación. Lo sabe también el ciudadano común que percibe que hay barrios y comercios donde al entrar es observado con desconfianza. En esos lugares, la arquitectura habla un idioma ajeno y hostil, lo sabe quién se ha sentido fuera de lugar, aunque haya entrado por la puerta principal.

¿Dónde empieza entonces lo político? Tal vez empieza en elegir un umbral o decidiendo la distribución de los espacios de descanso y los de servicio y en cómo se jerarquiza el aire y la luz. La casa misma puede ser un aparato de exclusión o de hospitalidad, reproduciendo estructuras antiguas o, en el mejor de los casos, desafiando esquemas tradicionales. Una cocina abierta puede ser una declaración de equidad y un baño oculto quizá sea un signo de vergüenza. La política, en arquitectura, está en los detalles.

En la ciudad, las decisiones son más complejas ya que son más densas y muchas veces más invisibles, pues un paso peatonal o un puente, no son sólo obras de infraestructura: son decisiones que favorecen a ciertos cuerpos y a ciertas formas de habitar, convirtiéndose en votos materiales. Si en una ciudad se privilegia al automóvil, entonces se decide quién llega primero y quién se queda esperando; en una ciudad sin banquetas se decide que únicamente el tráfico rodado tiene derecho al espacio. Así como una ciudad sin espacios públicos está diciendo que el encuentro es un problema, no una posibilidad.

Pero también hay lugares que resisten, lugares donde la arquitectura es el espacio que se comparte y donde la casa no se cierra, sino que se abre a la calle, como el patio en aquellas casas mexicanas del siglo XX que nos hacen respirar. El mismo patio, que en su sencillez es un gesto de igualdad, otorga el mismo aire y la misma luz para todos, convirtiéndose en el antídoto de la ostentación vertical del rascacielos que mira hacia abajo, pues es horizontalidad hecha forma. Eso, aunque pudiera parecer un asunto menor, es profundamente político. En tiempos donde el poder se disfraza

de eficiencia y la promesa de seguridad se usa como excusa para segregar, y donde la estética a menudo sirve de cortina de humo, es urgente recordar que toda forma construida conlleva una forma de estar en el mundo. La arquitectura no puede ser inocente porque el habitar nunca lo ha sido, y si no tomamos conciencia de ello, entonces será el poder quien diseñe por nosotros, silenciosamente, pero con firmeza.

Por todo esto, hablar de política en la arquitectura no es un lujo intelectual, es una necesidad ética porque el espacio que habitamos nos forma y nos conforma. Si no queremos ser simples objetos del diseño ajeno, debemos reclamar nuestro derecho a intervenir en el lugar, que no es sólo donde estamos, es también el *cómo* estamos. En ese *cómo* se juega la posibilidad de un nosotros. Habitar es siempre un acto político, y al olvidarlo, el espacio se vuelve cada vez más ajeno, más hostil y exclusivo, como un palacio sin puertas donde no podemos entrar, como una plaza sin sombra para protegernos o como una casa que se mira al espejo sin reconocerse.



## Envejecer: el espesor del tiempo en los muros

**P**areciera que envejecer es sólo dejar pasar los años, pero también es acumular tiempo, perder velocidad y comenzar a escuchar el sonido del silencio, notando cómo el cuerpo cambia y el mundo no espera. Es mirar las cosas con una paciencia que no teníamos antes, y con una ternura que no sabíamos cultivar. Envejecer es como habitar una casa vieja, no una casa abandonada, ni una casa rota, sino una casa vivida, con paredes que han oído demasiado, con puertas que ya no cierran tan bien y con luces que entran como pueden. Y, sin embargo, una casa que sabe estar de pie es una casa que aprendió a sostenerse sin alardes y que no necesita pulirse para demostrar su belleza, como quien envejece con dignidad y no se disculpa por el tiempo.

La casa patio, en ese sentido, es una forma de sabiduría ya que no está hecha para la duración, ni para el espectáculo. Es una construcción que sabe envejecer y que se deja habitar con suavidad resistiendo sin rigidez y

sin que el tiempo la rompa haciéndola más verdadera. En sus paredes, el paso de los años se deposita como una capa más, ya que el yeso que se descascara no es ruina sino memoria, la humedad en el muro no es descuido sino señal de que algo sigue vivo y la sombra del naranjo en el patio no es la misma que era hace treinta años, pero sigue cayendo en el mismo lugar, como los recuerdos en la vejez, distintos, pero fieles.

Envejecer nos muestra que las formas de ser ya no cambian tanto, ya que hay límites y no todo se renueva. Sin embargo, más allá de la resignación, es estar al tanto de que el muro construido con conciencia ya no se mueve, pero ofrece su estabilidad, o la losa que, aunque no se haga amplia, sigue protegiendo. Envejecer, como edificar con sapiencia, es saber cómo y hasta dónde, ya que cuando envejece el cuerpo, este se hace más lento y más atento. Uno se olvida de la prisa mientras se gana en escucha, los espacios se reducen, pero los vínculos se intensifican. Es un momento cuando no se quiere todo, sino que se quiere bien, como una casa patio que ha reducido su número de habitantes, pero que ha ampliado la idea del hogar al que todos deseamos volver, donde el tiempo es más pausado y la luz más cálida. La casa, como el alma en la vejez, ya no busca cambiar el mundo, quiere comprenderlo.

Con los años, uno empieza a parecerse a una estructura arquitectónica, pues ya no se está para ir de un lado a otro todo el tiempo, se está para sostener, para ser un punto firme en el que otros pueden apoyarse. Uno deja de construirse por necesidad y empieza a hacerlo por afecto volviéndose refugio y raíz, como esa banca de piedra en el patio que ya nadie mueve y todos saben que está ahí. Envejecer, en ocasiones también es darnos cuenta de que todo cambia sin nosotros, es mirar cómo los lugares que antes sentíamos nuestros ahora se habitan de otra forma, cómo la vida sigue su curso sin pedirnos permiso. Sin embargo, eso no duele tanto si hemos construido bien, si el alma, como una buena casa, ha dejado puertas abiertas en lugar de muros llenos de rencor. Envejecer también es aprender a dar espacio, y hacerlo con la misma generosidad con la que el patio deja pasar el viento.

En las casas con patio del México del siglo XX, era habitual observar que las personas mayores se sentaran en el zaguán, ya que desde ahí po-

dían ver pasar el tiempo, saludaban a quien se asomara y observaban a todo el que pasaba. Su actitud era de acompañamiento como el abrigo en la tarde fría o como el trago de agua a la mitad del camino antes de continuar. El envejecer lo podemos comparar con una construcción que no busca la perfección, sino ser simplemente buena para tener el equilibrio. Nos construimos para que el cuerpo no se caiga, que el ánimo siga arriba, que el día sea suficiente y que podamos ver la luz que ilumina el patio. Aunque ya no haya tanto que hacer, esta solidez nos permite tomarnos un chocolate por la tarde y esperar, sin prisa, a que llegue la noche para volver a escuchar el canto de los grillos. Si en la juventud se abren caminos, la vejez busca cerrar círculos para darle sentido a la vida, mas no detenerla. Envejecer tiene una norma, como también la tiene construir, y es la de concluir bien lo que alguna vez se empezó, cerrar lo que se abrió, reconocer lo que se ha vivido y, si se puede, agradecer.

Por eso, envejecer también es aprender a habitar la casa de una forma más profunda, más verdadera, ya no como un simple lugar de paso, sino como un espacio que se vuelve parte de nosotros, donde la casa, como el cuerpo, también cambia con el tiempo. Esa transformación no es un desgaste, es madurez, porque si algo bueno nos puede pasar al envejecer, es reconocer que lo que envejece no se pierde, sino que se vuelve más nuestro.

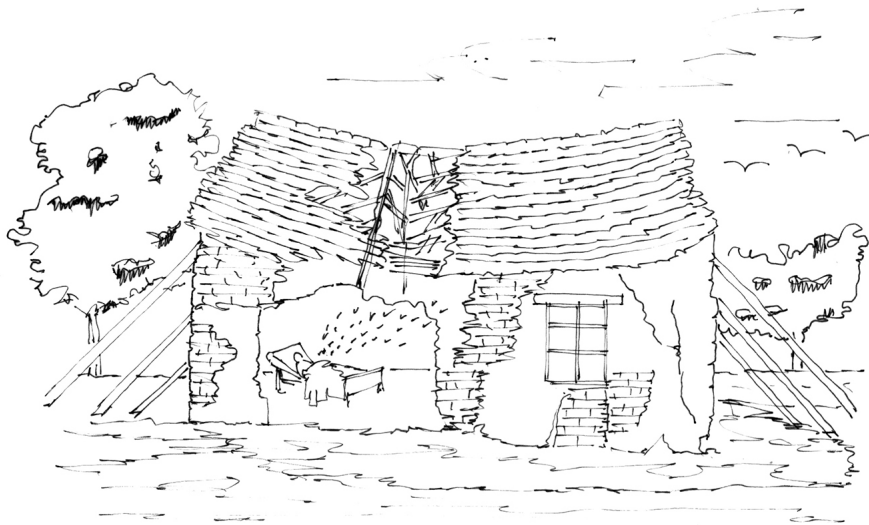
En el trabajo de profesor se hace necesario intentar que los estudiantes comprendan que proyectar no es planear únicamente el futuro, se debe saber también que todo envejece y que se debe saber envejecer. Para ello, al observar edificios que envejecen con dignidad encontramos una gran enseñanza de diseño. Saber leer el tiempo en los materiales, en los elementos, en toda la arquitectura es primordial para que nuestra arquitectura no sólo dure, sino que enseñe, tal y como lo hace las casa bien hechas. La casa patio es el ejemplo, nos ha enseñado que es capaz de resistir y adaptarse al clima, a las nuevas vidas que ahora la habitan, a las memorias que permanecen en sus cimientos y de mantenerse en pie.

De la misma forma, las personas que envejecen sin perder su esencia también enseñan, ya que la vejez es testigo de todo lo que ha sido vivido y comprendido, como si fueran los pilares del corredor del patio que aún

están ahí y nadie conoce cuantos contratiempos han resistido. La arquitectura verdadera envejece con dignidad y sin tristezas, así como nuestros cuerpos que, si los hemos habitado cuidadosamente no temen al paso del tiempo. Es como en la casa patio, donde lo importante es la continuidad en armonía entre lo que uno fue y lo que aún podemos ser. Saber cómo envejecer puedes ser visto como diseñar nuestra manera de estar en el mundo, ya no buscamos ser el mejor en lo que hacemos, simplemente queremos hacer las cosas de manera correcta.

En el envejecer, la arquitectura y la vida se encuentran con más profundidad: ambas deben saber detenerse, saber cuándo ceder o cuándo no hacerlo. De igual manera que una viga colgada requiere de columnas intermedias para no derrumbarla, la vida en vejez necesita cuidados y no abandonos, Al igual que estas vigas que menciono, se necesita compañía para encontrar otra forma de ser necesarios, no porque envejecer sea dejar de servir.

Por lo anterior, podemos decir que el aprendizaje que la casa patio nos regala es que el tiempo es un aliado más que un enemigo, que lo viejo no es para corregir o cambiar sino aprender a ver las cosas y la vida con nuevas miradas. Sin memoria no tendríamos futuro, como no hay vejez sin juventud. Por eso, no olvidemos que cuando proyectamos debemos pensar cómo envejecerá ese espacio. Proyectar también es cuidar el paso del tiempo, y enseñar arquitectura, en el fondo, es enseñar a envejecer bien.



## Morir: la última habitación sin muro

**M**orir no es desaparecer, pues permanecemos en los objetos que usamos y que nadie cambia de lugar y en las cosas que adquieren valor por haber sido nuestras. Por ejemplo, el sillón que ya nadie utiliza y se vuelve una especie de altar doméstico. La muerte, vista así, más que un instante, es un espacio con una atmósfera propia que cambia la manera en que se escucha el aire y en que entra la luz. En la arquitectura que se abre hacia adentro como la de la casa patio, la muerte es un paso donde el cuerpo deja de estar, pero otra vida se esparce hacia los rincones de la casa. Morir, en ese sentido, no es irse, sino extenderse permaneciendo en el tiempo de los otros con sus gestos y rituales que sobreviven.

En estas casas patio del México de antaño, el morir sucedía en el centro, en el patio, ahí donde estaba la vida cotidiana y se localizaba la memoria. El patio no olvida, ya que es el sitio donde se queda la voz que regaba las

plantas cada mañana y tejía bajo una sombra al atardecer mientras el sol le tocaba suavemente las piernas. Todo esto es una forma de permanencia tangible que va más allá de la nostalgia. Morir es quedar impregnado en los muros, en el agua de la fuente, en la costumbre de cerrar la puerta a la misma hora.

En el patio hay una ausencia y una materialidad del duelo. Basta observar las manchas de humedad que nadie se decide a pintar o los clavos en los muros que ya no sostienen retratos, pero que siguen ahí, como si sostuvieran algo, y lo hacen, sostienen un vacío habitado, una presencia que no se ve, pero se siente. Morir, en estas casas, es dejar una esencia sobre las cosas; es seguir presente desde la ausencia. La muerte, desde la mirada de la arquitectura, no es ajena, es un espacio que se habita de otro modo, es un tiempo que se estira en una forma delicada de continuar.

El patio siempre ha sido el espacio para despedirse, desde las idas a la escuela, al trabajo o hasta los velorios con charlas de veladas nocturnas que recuerdan a quien se fue, el patio siempre es testigo de cómo alguien se va. La muerte, en estas casas no se esconde y no se le teme, pues nos acompaña. Se le nombra mientras se limpia, se barre, cuando se perfuma con copal y con flores como si la casa misma supiera algo que a veces olvidamos: que morir también es una forma de habitar. Mientras que la muerte se queda en el patio, la vida sigue en la cocina, ya que en la casa patio, la cocina no era sólo el sitio donde se preparaba la comida, era el brasero de la memoria y el lugar donde el tiempo se volvía sabor. Entre comales que nadie tira y cazuelas que guardan los secretos de las comidas, la voz de quien ya partió todavía se escucha, mientras se sigue removiendo el atole y sigue dando instrucciones que ya nadie necesita, pero que todos repiten por cariño y por costumbre.

Si morir es quedarse en el patio, el vivir ocurre en la cocina, donde la ausencia se transforma en receta, y el recuerdo no se guarda: se sofríe y se hierve como esencia sin cuerpo, como el pan que se parte sabiendo que falta alguien, pero sabiendo también que ese alguien vive en el modo en que se parte el pan. La muerte, además de ausencias, deja trazas, formas y vacíos que enseñan a mirar distinto y espacios donde lo más importante es lo que se recuerda y no lo visible. Morir es que la vida se convierta

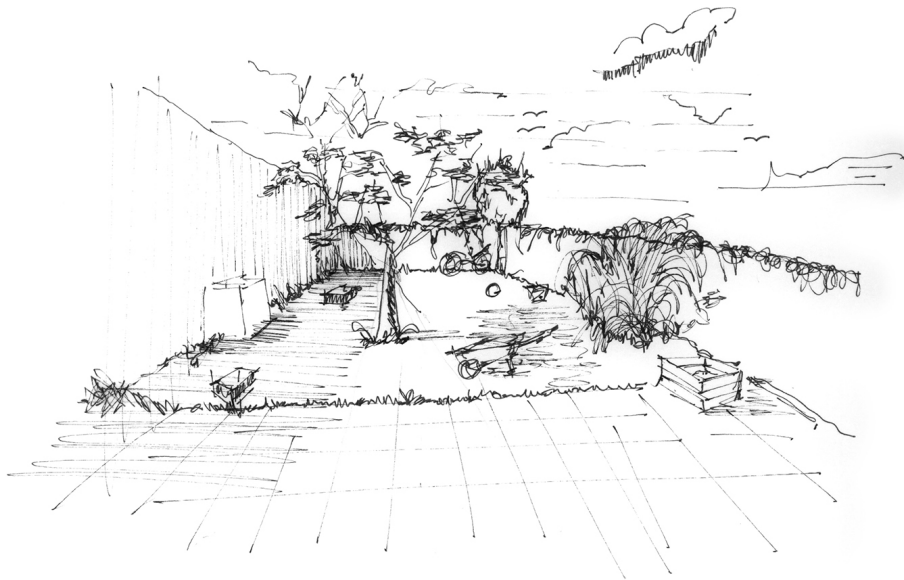
en arquitectura interior, en habitaciones que ya no se recorren con los pies, sino con la emoción y que no se recorren con la razón, sino con el corazón.

En la casa, en ocasiones la habitación del que fallece la convertimos en una especie de santuario o altar, en otras ocasiones no hace falta una habitación, basta el patio como sitio para evocar a la persona que ya no está. Recordemos que es en el patio donde se concentra todo: se celebran las fiestas, los regresos, los días de muertos, en ese sitio se sigue viviendo con los que ya no están. Arquitectónicamente podemos decir que el patio es la forma más parecida a la muerte, es un hueco en la casa que está pleno de vida, es el centro abierto donde regresan los que partieron, donde los que aún estamos podemos descansar y donde el cielo se asoma para dar consuelo sin prometernos nada. Morir exige entrega para soltar lo innecesario y dejar claro lo importante. Si uno ha vivido con esmero puede morir sin temor, como una casa que ha sido cuidada, que no se demuele y que en su silencio se encuentra un nuevo tipo de plenitud.

Tal vez por eso, los muertos no se van del todo de la casa patio, se quedan en el aire, en los objetos, en los gestos, en la forma de barrer y en cómo se sirve la leche, en los sonidos y silencios de las tardes. La arquitectura de la casa recoge esos ecos y se transforman en atmósferas, mientras los muros repiten lo que alguna vez escucharon. Morir es también ceder el lugar, es abrir espacio, es dejar que otros vivan para que construyan, es irse dejando una puerta que no se cierra del todo, como un zaguán abierto a la calle, que permite ver la luz del patio sin traspasar el umbral.

Si envejecer es quedarse en la casa, morir es hacerse casa, y en eso, la arquitectura no tiene respuestas, pero sí nos consuela: todo lo que se construye con cuidado puede seguir habitándose, aun cuando ya no estamos. La muerte no desaparece lo esencial, sólo lo transforma. Y si al final todo lo estamos reduciendo a un espacio, entonces que ese espacio sea como el patio: abierto al cielo, rodeado de memoria, lleno de silencio porque morir no es irse lejos, es, simplemente, volver al centro.





## El traspatio: la tierra que nos despide con las manos sucias

**S**i el zaguán fue el umbral del comienzo, la promesa del afuera, el umbral del mundo, entonces el traspatio es su contrapunto secreto. Es la tierra a la que se vuelve sin testigos y sin prisa porque toda vida que entra por la puerta, algún día y con barro en las rodillas, con semilla en los dedos y con sombra al atardecer, encuentra su forma de llegar hasta el fondo, hasta ese rincón donde la casa se calla y la tierra escucha. El traspatio no siempre se muestra, es el “corral” que no figura en los planos ni en las visitas de cortesía, es más bien el respiro íntimo de la casa, su parte trasera, la menos arreglada, la que no necesita demostrar nada. No obstante, ahí, entre huacales viejos, gallinas, ramas secas y brotes inesperados, es donde suceden los actos más sinceros: el juego, el cultivo, la risa o el diálogo con la tierra.

En ese traspatio fuimos libres y aprendimos a escondernos, pero también a encontrarnos porque no era sólo un lugar para desaparecer, sino

para imaginarse distinto. En ese rincón de la casa uno podía inventarse: era el territorio de lo posible, donde un ladrillo se convertía en trono, una cubeta era un barco y el polvo no era mugre, era paisaje. Todo tenía un aire profundo, hablábamos en voz baja, como si el lugar supiera de secretos. Sin embargo, el traspatio también nos enseñó algo más: que la vida no se entiende sin ensuciarse un poco las manos. La tierra te explicaba cosas que ningún libro alcanzaba a decir, la paciencia, por ejemplo, crecía sola, como la hierba que se cuele entre las grietas del muro. Fue nuestra primera aula, sin techo ni pupitres, donde entendimos que lo que uno siembra puede volverse flor o alimento con el tiempo. Y, sin darnos cuenta, la arquitectura dejaba de ser construcción y se volvía intuición pues bastaba una tabla, un ladrillo suelto o una sombra para empezar a construir.

Es justo en esa tierra suelta del fondo, donde también la memoria echa raíz, porque a veces el recuerdo no está en la fachada ni en los muebles, sino en el níspero torcido del traspatio, en la piedra donde se sentó a llorar, en la rama baja que alguna vez sostuvo una piñata, en el rincón donde se tiraban las cáscaras y los sueños. Si el zaguán nos empujó al mundo, el traspatio nos da la bienvenida sin preguntas, nos deja sentarnos y nos presta su sombra permitiéndonos estar sin hacer para despedirnos con las manos sucias, pero con el alma limpia. Quizá por eso, el traspatio no es únicamente el final de la casa, es el lugar donde la casa se afloja para confesarse, dejándose ser. La arquitectura, cuando sabe de la vida, guarda siempre un espacio así, un lugar que no presume, pero que sostiene, un rincón que nos cuenta el tiempo en brotes y silencios, no con relojes. Un pedazo de tierra que nos recuerda al final de todo, que lo más importante no es lo que se construyó, sino lo que pudo crecer.

El traspatio es la despedida de la casa, pero no como cierre, porque cuando uno se va, ya sea de la infancia, del hogar o de la vida, no se lleva el mármol ni las molduras, se lleva la tierra entre las uñas, el olor del orégano al rozarlo y la certeza de que algo sigue creciendo, aunque ya no lo miramos. Y así, habiendo cruzado el zaguán al principio con la urgencia de quien comienza, habiéndonos asomado a los cuartos, al patio, al alero, al rumor del fogón y al eco de la muerte, llegamos al traspatio sin nostalgia y con gratitud. Al final entendemos que la casa era también una forma

de hacernos tierra. En ese pedazo tibio, terroso y lleno de sombra buena, algo se queda dentro de nosotros, como quien no se va del todo, como quien, sin decir palabra, se inclina a sembrar y se estira para alcanzar una manzana.

Tal vez por eso, el traspatio se visualiza como un espacio menor en los planos, como si fuera un espacio residuo que no requiere de atención ni de diseño, pero la vida en su ritmo a veces lento, a veces rápido lo llena de sentido y significado. Aunque en ese lugar el proyecto no llega a manifestarse, aparecen gestos espontáneos de quien lo usa y habita, generando lo que llamamos arquitectura sin arquitectos, que siempre está cargada de humanismo y simbolismo. De esta forma aparece una arquitectura sin proporción áurea, aunque esencial, que ningún render puede incorporar.

Este oficio compartido entre arquitecto y docente, con la actividad continua de enseñar arquitectura, me ha permitido entender que lo que se diseña en un plano o en una computadora es sólo una idea o acaso una promesa. La arquitectura real es la que se materializa y construye, pero sobre todo es la que sucede al momento que quien la habita decide colocar un conjunto de macetas en la entrada, cambiando la organización proyectual de un espacio para quehaceres propios de la vida familiar, o incluso cuando la hija de la familia decide tapizar las paredes de su habitación convirtiendo el espacio en “su lugar”.

Para contrarrestar la arquitectura del espectáculo tan buscada en nuestras aulas, el traspatio es una declaración manifiesta en contra, ya que lo podríamos utilizar como el antídoto a la obsesión por lo formal que prevalece hoy en día. Es como si dejáramos de observar a la arquitectura desde el cielo en que nos movemos y ahora la observáramos a ras de suelo, a nivel de nuestro horizonte y con los pies descalzos llenos de polvo de la tierra del traspatio. Y es en esa posición, como docentes, que debemos invitar a nuestros estudiantes a observar, a entrenar otra mirada, a ver más allá de lo evidente y a comprender que el proyecto arquitectónico no se agota en los bosquejos, ni en los planos y mucho menos en las representaciones digitales. Sí, existe otra arquitectura: la que no se escribe, pero se lee; la que no se ve, pero se siente; porque si el aula nos permite enseñar la técnica, el traspatio enseña que el espacio no se mide, sino que

se habita como una forma de estar en el mundo con cuidado, con afecto, con responsabilidad.

En el traspatio encontramos enseñanzas e instrucciones que no vemos en los programas de estudio y que considero que todo docente, arquitecto y estudiante debe conocer. Me refiero al saber del conocimiento sin prisa y al aprendizaje que se adapta para que la arquitectura espacial del traspatio pueda existir. Es éste el lugar donde más similitud encontramos con quien vive la casa. En el traspatio no se finge, ni se posa, ahí la conducta es natural, el espacio es piel y la vida se vuelve costumbre.

Así, cuando escuchamos sobre arquitectura, ciudad viva o sostenible no podemos, ni debemos olvidarnos del concepto del traspatio. Ese fondo de casa nos permite darnos cuenta que podemos encontrar la relación más íntima entre el hombre y la tierra, y en una escala uno a uno que nos muestra nuestra fragilidad al mismo tiempo que muestra esperanza de estar y poder ser. El traspatio es el lugar último donde más podemos aprender, ya que este lugar no fue pensado para ser visto, sino para ser sentido en familia, en soledad y en ausencia.

Por ello, en este encargo asumido de querer formar arquitectos, en donde nuestra mirada se acompaña de miradas jóvenes que buscan sentido en las formas y en las funciones, no puedo evitar pensar que toda buena arquitectura debería tener conceptualmente un traspatio, que no necesariamente aparezca en el programa, pero si en espíritu. Un espacio que no requiere de explicaciones, pues en su sola concepción ya está todo dicho por la sombra, por la piedra o por la mata de cilantro que alguien sembró. En un lugar así, la confianza se convierte en arquitectura que puede ser habitada sin presunción porque en el fondo, la arquitectura es un modo de volver a casa sin que la casa esté, volvemos en imaginación, en memoria y en recuerdos.

## Final: homeostasis o el arte de mantenerse casa

**H**ace poco escuché una palabra que llegó a mí por primera vez: *homeostasis*. La mencionaban en un contexto médico, explicando cómo el cuerpo humano logra conservar su equilibrio interno con el entorno y sus cambios, y no sé por qué, inmediatamente pensé en la casa patio. Tal vez porque después de tanto caminar entre sus sombras y silencios, después de cruzar el zaguán y llegar hasta el traspatio, comprendí que esa casa que ha permanecido siempre con nosotros también tiene algo de cuerpo vivo, que también regula y escucha, respondiendo sin violencia ante el mundo, en calma, como quien respira con fuerza antes de seguir.

La casa patio no se defiende del sol con tecnología, le ofrece sombra desde la lógica antigua del corredor; no combate el calor con aparatos, lo enfría con aljibes, con muros gruesos y con patios que saben recibir el aire; no grita ante el rumor de la ciudad, se encierra en sí, sin ahogo. Es, sin saberlo, un modelo perfecto de eso que ahora sé que se llama homeostasis, el arte de mantenerse en pie sin perderse a sí misma, porque en ella, como en el cuerpo, todo se regula sin imponer, todo sucede con la sabiduría de lo cotidiano; hay días de mucha luz y la casa la suaviza; hay viento fuerte y

ella lo canaliza; hay noches de silencio y ella se abre a la introspección; no siempre es la misma, pero nunca es otra.

¿No es eso lo que buscamos también en la vida? Mantenernos sin endurecernos, cambiar sin rompernos, ser capaces de seguir, aun si todo alrededor cambia. No se trata de resistir como quien se aferra, sino de persistir como quien sabe flotar. En eso, la casa patio y la vida no están tan lejos. La homeostasis, dicen, es equilibrio dinámico, lo mismo puede decirse de la arquitectura cuando busca mantenerse y no deslumbrar. De la casa que no quiere ser museo ni espectáculo, sino el sitio para simplemente vivir, dormir sin miedo, comer con gusto, estudiar, llorar, reír, sembrar... en una palabra: habitar. Con esto en mente, así como el cuerpo modera su temperatura o su pulso, la casa patio regula también los afectos, nos devuelve el aliento cuando nos agotamos y nos ofrece sombra y una esquina para el duelo y otra para el juego.

Al llegar al final de este recorrido, entendí que la casa patio no sólo es espacio, es también un tema de inteligencia vital que protege, que acompasa, que no impone formas de vivir, que acomoda con neutralidad, que se deja habitar sin exigencias, como un cuerpo que sabe cuándo reposar y cuándo volver a moverse. Cuando pienso en todo lo que ha sido dicho, desde el nacer, el respirar, el trabajar, el envejecer, el morir, y aún el jugar en el huerto escondido del traspatio, se comprende la idea que no hablábamos sólo de arquitectura, ni sólo de vida. Hablábamos de ese fino equilibrio entre lo que somos y lo que nos sostiene, de esa manera silenciosa y sabia en que la casa como el cuerpo, se adecua para seguir siendo ella misma.

Así como el corazón regula su ritmo, como la piel transpira para que no arda el alma, la casa patio respira con nosotros, regula sin que lo notemos, nos guarda sin encerrarnos y nos permite estar, aun cuando no sabemos cómo. Y eso, ahora lo sé, es homeostasis también. Al final del día, cuando el anochecer cae sobre la casa como una colcha tibia, no queda más que agradecer a esa arquitectura que no se presume y que nos acoge, que no se exhibe, pero que nos habita, a esa casa que, en su centro abierto al cielo, nos enseñó que vivir es también aprender a mantenerse. Mantenerse casa, mantenerse cuerpo, mantenerse en equilibrio consigo mismo, como lo hace la casa patio, como, ojalá, podamos hacerlo nosotros también.

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Dra. Claudia Susana Gómez López  
*Rectora General*

Dr. Salvador Hernández Castro  
*Secretario General*

Dra. Diana del Consuelo Caldera González  
*Secretaria Académica*

Dra. Graciela Ma. de la Luz Ruiz Aguilar  
*Secretaria de Gestión y Desarrollo*

Dra. Elba Margarita Sánchez Rolón  
*Coordinadora General del Programa Editorial Universitario*

*La construcción de la noche.*

*Ensayos arquitectónicos sobre la vida*

Terminó su tratamiento editorial

en el mes de junio de 2026

En su composición se utilizó la fuente tipográfica

Crimson Text de 9, 11, 12, 14, 17, 20, y 30 puntos.

El cuidado de la edición estuvo a cargo

de Jaime Romero Baltazar y Jonathan Ebed Mirus Ruiz.